



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XLIX: MITOS Y LEYENDAS





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XLIX: MITOS Y LEYENDAS

Mito (*Mythos*, en griego). Comúnmente se entiende por mito una fábula o ficción alegórica que encierra en el fondo una verdad generalmente de orden espiritual, moral o religioso. Pero hay que tener en cuenta que los antiguos escritores daban a la voz *mythos* el significado de tradición, palabra, relato, rumor público, etc., y que la palabra latina *fábula* era sinónima de alguna cosa dicha, como sucedida en tiempos prehistóricos, y no necesariamente una ficción o invención. (Véase: *Doctrina Secreta*, III, 33). Los mitos tienen una doble significación. Muchos de ellos van resultando realidades, y la mayor parte no son *invenciones*, sino *transformaciones*, puesto que tienen por punto de partida hechos reales. Los mitos –dice my atinadamente Pococke– está ahora probado que son *fábulas* en la misma proporción que *los comprendemos mal*, y son *verdades* en la proporción en que *se les comprendía en otro tiempo*. Los mitos han tenido y tienen aun, para las masas populares, el valor de dogmas y realidades, y constituyen la base de las religiones exotéricas. ¿De dónde viene –dice Eugenio Talbot– ese consentimiento unánime y persistente en unas creencias fundadas en el error? De esta ley lógica e indiscutible de que “todo error tiene su base en la verdad”. En otras palabras, como lo ha comprendido tan bien Otfried Müller, los mitos no son la consecuencia elaborada de un sistema, sino una creación espontánea, irreflexiva y repentina del espíritu humano en su infancia; el mito es el antípoda de la abstracción. Nada tiene, pues, de sorprendente que la masa de la humanidad siga aferrada en todos tiempos al mito; éste forma parte de ella misma, y cuando la humanidad llega a la edad adulta no puede renegar de las creencias de su cuna. Los modernos estudios de Mitología comparada han aportado muchísima luz sobre la génesis del mundo, del hombre y de los dioses, así como sobre la historia y la evolución de las principales religiones del globo. Para todo hombre pensador es de suma importancia examinar con la mayor atención los mitos bajo *todos* sus aspectos, aplicándoles cada una de las siete claves, y descubrir las verdades trascendentales ocultas en el fondo de tales ficciones. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

El estudio del significado oculto en cada una de las leyendas religiosas y profanas de cualquiera nación, ya sea grande o pequeña, y especialmente en las tradiciones del Oriente, ha ocupado la mayor parte de la vida de la que estas líneas escribe (H.P. Blavatsky). **Ella es de los que poseen la convicción de que ninguna fabula mitológica, ningún suceso tradicional de las leyendas de un**



pueblo, ha sido en tiempo alguno pura ficción, sino que cada una de semejantes narraciones encierra algo de verdaderamente histórico. En esto difiere la autora de aquellos mitólogos, por grande que sea su reputación, que no ven en cada mito más que la confirmación de la tendencia supersticiosa de los antiguos, y que creen que todas las mitologías han tenido su origen en los *mitos solares* y se basan en los mismos. (D.S. II, 1-2).

Conviene advertir la **diferencia entre alegoría y símbolo**. En la primera se encubre la verdad con la suficiente transparencia para que el oyente o el lector puedan inducirla. El símbolo entraña una cualidad abstracta de la divinidad, fácilmente comprensible para los profanos, que por ello le tributaron adoración idolátrica. La alegoría estaba reservada en los recintos internos, donde sólo eran admitidos los iniciados; y así se explican aquellas palabras de Jesús cuando decía: “Porque a vosotros os es dado a saber los misterios de los reinos de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque al que tiene, se le dará y tendrá más; y al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará”.

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida.

El mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar, como en una epopeya, el elemento histórico, de modo que los hechos históricos constituyen la base del mito y en ellos se entretejan las ideas religiosas. (Isis IV, 209).

... “Estos cuentos de hadas no son historias sin sentido, escritas para regocijar al ocioso; ellas encierran la profunda religión de nuestros antepasados” (*Cuentos y tradiciones de nuestros Antepasados Septentrionales* pág., 21).

Así es. No tan sólo su religión, sino su Historia igualmente. **Porque un mito, significa tradición oral, transmitida de boca en boca de una generación a otra; y hasta en la etimología moderna, el término envuelve la idea de alguna afirmación fabulosa que contiene una verdad importante; la historia de algún personaje extraordinario cuya biografía se ha exagerado, por efecto de la veneración de las generaciones sucesivas, con la fecunda imaginación popular; pero que no es del todo una fábula.** Como nuestros antepasados los arios primitivos, creemos enormemente en la personalidad e inteligencia de más de una Fuerza productora de fenómenos en la Naturaleza. D.S. II, 212-213).



La fábula de Aristeo que persigue a Eurídice por los bosques, donde mata una serpiente, es clarísima alegoría de la fuerza bruta (Aristeo) que persigue a la doctrina esotérica (Eurídice) muerta por acometida de los dioses solares (la serpiente), que la sepultan en el mundo subterráneo o lugar inferior, muy distinto del infierno teológico. **Además, cuando las bacantes despedazan a Orfeo, la alegoría da con ello a entender la profunda diferencia entre la religión esotérica y el culto exotérico**, y que los groseros ritos populares tienen siempre entre el vulgo mejor acogida que la sencilla y divina verdad.

Difícil resulta de determinar con precisión los ritos del esoterismo órfico, pues los himnos originales se perdieron desde un principio, y ni Platón ni Aristóteles tuvieron por auténticas las copias existentes en su tiempo. Sin embargo, la tradición oral indica que Orfeo aprendió sus doctrinas en la India de boca de los magos, o sean las mismas que profesaban los iniciados de todos los países. (Isis III, 167).

Tan sólo hay dos sistemas que debidamente explicados sirven a nuestro propósito. Estos sistemas son: el hinduista expuesto en **los Vedas** y el hebreo resumido en **la Kábala**. Los Vedas ofrecen mitos más grandiosos y filosóficamente concebidos, al paso que **la Kábala** los remeda de los persas y caldeos, aunque adaptándolos al carácter de la nación hebrea, cuya filosofía quedaba tan subyacente en el mito de absurda apariencia, que únicamente los iniciados podían descubrirla. Pero los traductores cristianos de la Biblia trastocaron los mitos en groseras supersticiones, cual jamás imaginaron los filósofos de quienes los cristianos tomaron sus conocimientos. Las quiméricas ficciones del vulgo antiguo, envueltas en fluctuantes sombras y vagarosas imágenes, quedaron plasmadas en personajes vivos por mano de los teólogos cristianos. La fábula alegórica se convirtió en historia sagrada, y el mito pagano se transmutó en revelación divina.

Dice Horacio (Arte poética) que “los mitos han sido compuestos por los sabios para dar fuerza a las leyes y enseñar verdades morales”, al paso que en opinión de Euhemereo entrañan la historia de reyes y héroes divinizados posteriormente por la admiración de las gentes. Este último criterio prevaleció en el dogmatismo cristiano al representar los mitos en personajes de carne y hueso. Sin embargo, se muestran contrarios a esta personificación los filósofos más insignes de la antigüedad, entre ellos Platón, Sócrates, Empedocles, Plotino, Profirio, Proclo, Orígenes y aún el mismo Aristóteles, quien afirma que la antiquísima tradición transmitida a la posteridad en forma de mitos, nos enseña,



que las fuerzas naturales pueden considerarse como *potestades divinas*, puesto que la Divinidad anima la Naturaleza toda; pero que todo lo demás se superpuso posteriormente para dársele a entender al vulgo, muchas veces con el siniestro propósito de mantener leyes favorecedoras de intereses bastardos. Los cuentos de hadas no están únicamente en labios de abuelas y nodrizas. La humanidad en peso, con excepción de los pocos que en toda época comprendieron su verdadero significado, escuchó infantilmente estos cuentos para transformarlos después en símbolos sagrados de que derivaron las religiones culturales. (Isis IV, 85-86).

...No menos natural es la semejanza entre los mitos orientales y las leyendas y tradiciones rusas, pues por su propia índole deriva de la analogía entre las creencias de los arios y de los semitas; pero llama la atención y no cabe atribuir a mera coincidencia la evidente paridad, aun en los más leves pormenores, entre los personajes de las leyendas mejicanas y el *Zarevnia Miltirissa* (tipo común de los cuentos rusos), que lleva la luna en la frente y siempre está en riesgo de que lo devore el *Zmey Gorenetch* (serpiente o dragón).

La leyenda del Dragón y del Sol (algunas veces substituido por la Luna) está difundida por todo el mundo y puede considerarse como el símbolo común de la heliolatría universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, Africa y América estuvieron cubiertas de templos dedicados al Sol y al Dragón, cuyos sacerdotes tomaron el nombre de la divinidad a que servían. Pero aunque, como supone Muller, sea el concepto originario tan natural e inteligible que no requiera relaciones históricas, la identidad de los símbolos y la extraordinaria semejanza de los pormenores exigen la acabada resolución del enigma. Desde el momento en que el origen de la heliolatría universal se pierde en la noche de los tiempos, fuera más fácil descubrirlo remontándonos en la misma fuente de las tradiciones. Pero ¿Dónde hallarla? Kircher atribuye al egipcio *Hermes Trismegisto* el establecimiento del culto ofita, así como la forma cónica de los monumentos y obeliscos. Por lo tanto, ¿donde sino en los libros herméticos encontraremos los necesarios datos? ¿Acaso los modernos pueden saber acerca de los cultos y mitos antiguos tanto o más que los hombres que los enseñaron a sus coetáneos?. Evidentemente se requieren dos condiciones: encontrar los perdidos *Libros de Hermes* y después la clave para interpretarlos, puesto que no basta leerlos. Falto los científicos modernos de ambas condiciones, se embrollan en estériles conceptualismos, de la propia suerte que los geógrafos malgastan sus energías en investigar sin resultado las fuentes del Nilo. Verdaderamente es el Egipto la mansión del misterio. (Isis II, 339-340).



...hemos de recordar que Siva, Baal, Moloch y Saturno son idénticos; que aún hoy mismo, los árabes mahometanos consideran a Abraham como a Saturno en la Kaaba; que Abraham e Israel eran distintos nombres de Saturno; y que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio a su padre Urano y que se circuncidó a sí mismo y obligó a la circuncisión a sus parientes y aliados. Pero este mito no es de origen fenicio ni caldeo, sino puramente indo, porque su modelo se halla en el *Mahâ-Bhârata*... (Isis II, 376-377).

Durante muchos años hemos estado observando que en países sin la menor filiación histórica, en apariencia, hay idénticos símbolos y alegorías de una misma verdad. Hemos advertido que la *Kábala* y la *Biblia* remedan los “mitos” babilónicos, y que las alegorías caldeas e índicas se reproducen formal y substancialmente en los antiquísimos manuscritos de los monjes *talapines* de Siam y en las no menos antiguas tradiciones populares de Ceilán. (Isis II, 375).

Quien cuidadosamente estudie los mitos cosmogónicos de las religiones antiguas advertirá, sin duda, la sorprendente similitud de concepto esotérico y de forma exotérica, hasta el punto de que no puede resultar de meras coincidencias, sino de un plan único en demostración de que en aquellos primitivos tiempos, velados por la densa niebla de las tradiciones, el pensamiento religioso de la humanidad se desenvolvía acordemente en todas las comarcas del globo. Los cristianos llaman panteísmo a la veneración que inspiran las recónditas verdades de la naturaleza; pero entre el panteísmo adorador de Dios en la naturaleza que, como única manifestación objetiva de la divinidad, la revela y recuerda sin cesar al hombre, y una religión dogmática que encubre y vela el verdadero concepto de Dios, no es difícil discernir cual de los dos satisface más cumplidamente las necesidades del género humano. (Isis I, 281).

La religión y la ciencia se hermanan en los cantos del paganismo escandinavo. Cuando Thor el Hércules del Norte, hijo de Odín, ha de empuñar la terrible maza de donde brota el rayo, se calza *guanteletes de hierro*. Lleva además el *cinto de fuerza* o cinturón mágico que acrecienta su celeste poderío. Monta un carro con lanza de hierro, cuyas ruedas giran sobre nubes preñadas de rayos, tirado con dos carneros con frenos de plata y su temerosa frente está coronada de estrellas. Esgrime Thor su clava con fuerza irresistible contra los rebeldes gigantes helados a quienes vence, derrite y



aniquila. Cuando los dioses han de celebrar asamblea en la fuente de Urdar para decidir los destinos de la humanidad, todos se encaminan allá montados menos Thor que va por su pie, temeroso de que al atravesar el *Bifrost* (arco-iris) o puente *Aesir* de varios colores, lo incendie con su fulgurante carro y hiervan las aguas de Urdar.

Lisa y llanamente ¿qué interpretación cabe dar a este mito sino que el autor de la leyenda conocía no poco la electricidad? Thor, personificación de la energía eléctrica, para manejar el fluido se pone guanteletes de hierro, es decir, del metal conductor. El cinturón de fuerza es el círculo cerrado por donde fluye la corriente eléctrica. El carro cuyas chispeantes ruedas giran sobre las cargadas nubes simboliza la electricidad en actuación. La puntiaguda lanza sugiere la idea del pararrayos y el tiro de carneros representa el principio masculino con el femenino en los frenos de plata, puesto que este es el metal de Astarté o Diana (la luna). En el carnero y el freno vemos combinados en oposición los principios activo y pasivo de la naturaleza. El carnero impulsa y el freno retiene, pero ambos están sujetos a la omni-penetrante energía eléctrica que los mueve. De esta energía primaria y de las múltiples y sucesivas combinaciones de ambos principios masculino y femenino dimana la evolución del mundo visible, gloriosamente cifrado en el sistema planetario que simboliza el círculo de estrellas que ornar su frente. Los terribles rayos de Thor (electricidad activa) prevalecen contra las fuerzas titánicas representadas en los gigantes; pero al reunirse con los dioses menores, ha de atravesar a pie el *Bifrost* o puente del arco iris y bajar del carro (pasar al estado latente), pues de otro modo aniquilaría todas las cosas con su fuego. Respecto a que Thor teme poner en ebullición las aguas de la fuente Urdar, no comprenderán los físicos modernos el significado de este mito hasta que se determinen completamente las recíprocas relaciones electromagnéticas de los elementos del sistema planetario, que ahora tan solo se presumen....

... este ejemplo corrobora la antigua afirmación de los filósofos de que *en todo mito hay un Logos y un fondo de verdad en toda ficción*. (Isis I, 292-294).

Demuestra Schweigger que las principales ceremonias religiosas de la antigüedad entrañaban conocimientos hoy perdidos de filosofía natural, y que la magia se entremezclaba en los misterios hasta el punto de que los milagros de los teúrgos gentiles, judíos o cristianos, indistintamente, derivaban de sus secretos conocimientos físico-alquímicos.

Por otra parte Schweigger y Ennemoser han descubierto la simbólica identidad de los gemelos *Dioskuris* con los polos eléctricos y magnéticos, demostrando con ello el conocimiento que de las propiedades magnéticas tenían los sacerdotes



antiguos. Según Ennemoser, se ha demostrado que muchos mitos, cuya significación antes no se comprendía, son ingeniosas al par que profundas expresiones de principios genuinamente científicos. (Isis I, 390-391).

Las antiguas religiones fueron esencialmente sabeístas, y cuando lleguen a interpretarse con exactitud sus mitos y alegorías, no sólo se verá que no discrepan lo más mínimo de los modernos conceptos astronómicos, sino que casi todos los principios de esta ciencia están encubiertos en las ingeniosas trazas de sus fábulas. Alegorizaban el movimiento de los astros, personificaban la índole de los fenómenos y en la conducta y temperamento de las divinidades olímpicas simbolizaban los principios de las ciencias físico-químicas. La electricidad atmosférica en su estado latente está representada por los semidioses, cuya acción se limita a la tierra, pero que en sus eventuales vuelos a las regiones divinas despliegan energía eléctrica estrictamente proporcionada a la distancia a la que se elevan. Las mazas de Hércules y Thor eran mucho más mortíferas cuando los dioses se cernían entre las nubes. Júpiter olímpico concentraba en su persona y atributos las fuerzas cósmicas antes de que el genio de Fidias le diese forma humana a propósito para que las multitudes le adorasen con el nombre de Máximus o Dios de los dioses. El mito de Júpiter, menos metafísico y complicado en un principio, era elocuentísima expresión de filosofía natural. Según dicen Porfirio y Proclo, el elemento masculino (Zeus) de la creación se le llamaba cabeza de los seres vivientes (Zôôn.ok-zôôn) cuyos femeninos principios eran *Vesta* (tierra) y *Metis* (agua). En la teoría órfica que, desde el punto de vista metafísico es la más antigua de todas, representa Zeus a la vez la *potencia* y el *acto*, la Causa inmanifestada y el Demiurgo o Creador, emanado de la invisible Potencia. Las esposas de Zeus, considerado como Demiurgo, simbolizan los agentes de la evolución cósmica, es decir, las afinidades químicas y las atracciones y repulsiones magnéticas y la electricidad atmosférica. De estos símbolos físicos se infiere cuán versados estaban los antiguos en las ciencias físicas tan como ahora se conocen.

Posteriormente, en tiempo de Pitágoras representa Zeus las metafísica trinidad o sea la Mónada que de sí misma educa la Tretactis de *voluntad, mente y acción*. Más adelante todavía, los neoplatónicos se abstienen de filosofar sobre la Mónada primaria, por inaccesible al entendimiento humano, y tratan tan sólo de la *Tríada demiúrgica* o manifestación visible y tangible de la divinidad desconocida. (Isis I, 423-424).



Sin dificultad puede probarse que Saturno o Kronos (cuyo anillo descubrieron con toda seguridad los astrólogos caldeos) estuvo considerado desde tiempo inmemorial como padre de Zeus, antes de que este alcanzara la suprema categoría de padre de los dioses. Es Saturno el Belo o Baal de los caldeos, que tomaron su culto de los acadianos, y aunque Rawlinson insiste en que estos últimos procedían de Armenia, no cabe admitir esta hipótesis por cuanto Belo es la variedad babilónica del Siva o Bala indo, el destructor dios del fuego que en muchos aspectos sobrepuja al mismo Brahmâ.

A este propósito dice un himno órfico: “Zeus es el primero y el último, la cabeza y las extremidades. De él proceden todas las cosas. Es hombre y ninfa inmortal (masculino y femenino), alma de las cosas, motor principal del fuego, sol y luna, fuente del océano, demiurgo del universo, divina potestad creadora y gobernadora del cosmos. Zeus lo es todo. Es fuego, es agua, tierra, éter, noche, cielos, *Metis* (la arquitecta primieval, la *Sophia* de los agnósticos y la *Sephira* de los *cabalistas*), Eros y Cupido. Todo está comprendido en las vastísimas dimensiones de su glorioso cuerpo”.

Este breve himno laudatorio abarca el fundamento de todo concepto mítico. La imaginación de los antiguos era, según parece, tan inagotable como las visibles manifestaciones de la divinidad que les deparaban los temas de sus alegorías, no obstante su copiosa variación, a las dos ideas capitales que bajo las sacras representaciones se ajustaban paralelamente a los aspectos físico y espiritual de las leyes naturales. **Los metafísicos conceptos de los antiguos no estaban jamás en contradicción con las verdades científicas, y sus credos religiosos se basan en las ideas físico-psíquicas de los sacerdotes y filósofos, que las derivaron de las tradiciones primievales, confirmadas por la experiencia propia con auxilio de la sabiduría acopiada en épocas intermedias.** (Isis I, 425-426).

. . . Entre Zeus, la Deidad Abstracta del pensamiento griego, y el Zeus Olímpico, había un abismo. Este último no representaba en los Misterios más principio que el aspecto inferior de la inteligencia física humana (Manas enlazado con Kâma); mientras que Prometeo, el aspecto divino de Manas sumergido en Buddhi, al cual aspira, era el Alma divina. Siempre que a Zeus se le representa como cediendo a sus pasiones inferiores, es nada más que el Alma Humana, el Dios *celoso*, vengativo y cruel, en su Egoísmo o Yo exclusivista. De aquí que a Zeus se le represente como una Serpiente, el tentador intelectual del hombre, que, sin embargo, engendra en el curso de la evolución cíclica al “Salvador–Hombre”, al Baco Solar o Dionisio – *más que hombre*.



Dionisio es uno con Osiris, con Krishna y con Buddha, el Sabio celeste, y con el Avatâra (décimo) futuro, el Christos Espiritual glorificado, que libertará al Chrestos en sufrimiento (la humanidad, o Prometeo), en su prueba. Esto, según dicen las leyendas brahmánicas y budhistas, que repiten como eco las enseñanzas de Zoroastro y ahora las cristianas (estas últimas sólo ocasionalmente), sucederá al final del Kali Yuga. Sólo después de la aparición del Kalki Avatâra, o Sosiosh, nacerá el hombre de la mujer sin pecado. . . (D.S. III, 697-698).

La Tercera Raza fue en un principio, de modo pre-eminente, la “Sombra” brillante de los Dioses, a quienes la tradición destierra sobre la Tierra después de la alegórica Guerra en los Cielos. Esta fue aún más alegórica en la Tierra, pues fue la Guerra entre el Espíritu y la Materia. Esta Guerra durará hasta que el Hombre Interno Divino adapte su yo externo terrestre a su propia naturaleza espiritual. Hasta entonces las fieras y tenebrosas pasiones de ese yo, estarán en lucha constante con su Maestro, el Hombre Divino. Pero el animal será domado un día, porque su naturaleza cambiará, y la armonía reinará una vez más entre los dos como antes de la “Caída”, cuando el mismo hombre mortal era “creado” por los elementos en lugar de nacer.

Lo anterior está claro en todas las grandes Teogonías, principalmente en la griega, lo mismo que en la de Hesiodo. **La mutilación de Urano por su hijo Cronos, quien de este modo le condena a la impotencia, no ha sido comprendido nunca por los mitólogos modernos. Sin embargo, es muy clara, y como era universal, debe haber contenido una idea abstracta y filosófica, perdida ahora para nuestros sabios modernos. Este castigo de la alegoría, determina verdaderamente “un nuevo período, una segunda fase en el desarrollo de la creación”, como justamente observó Decharme, quien, sin embargo, no intenta explicarlo. Urano trató de poner un impedimento a ese desarrollo o evolución natural, destruyendo a todos sus hijos tan pronto nacían.** Urano, que personifica todos los poderes del Caos y en el Caos —el Espacio, o la Deidad No-manifestada- tiene, pues, que pagar el castigo; pues estos poderes son los que hacen que los Pitris desarrollen de sí mismos “hombres” primordiales, del mismo modo que más adelante estos hombres desarrollan a su vez su progenie, sin ningún sentido ni deseo de procrear. La obra de la generación, suspendida por un momento, pasa a manos de Cronos (*Chronos*), el Tiempo, el cual se une a Rhea (la Tierra; y la Materia en general, en el esoterismo), produciendo así Titanes celestes y terrestres. Todo este simbolismo se relaciona con los misterios de la evolución.



Esta alegoría es la versión exotérica de la Doctrina Secreta dada en esta parte de nuestra obra. Pues en Cronos vemos la misma historia repetida de nuevo. **Así como Urano destruyó sus hijos con Gaea (que en el mundo de la manifestación es una con Aditi, o el Gran Océano Cósmico), confinándolos al seno de la Tierra, Titaea, así como Cronos, en este segundo período de la creación, destruyó sus hijos con Rhea, devorándolos. Esta es una alusión a los esfuerzos infructuosos de la Tierra o Naturaleza para crear, por sí sola, “hombres” realmente *humanos*. El tiempo devora su propia obra inútil.** Luego viene Zeus, Júpiter, que destrona a su vez a su padre. Júpiter el Titán, es, en un sentido, Prometeo, y es distinto de Zeus, el gran “Padre de los Dioses”. Él es el “hijo irrespetuoso” en Hesíodo. Hermes le llama el “Hombre Celeste” en el *Pymander*; y hasta en la *Biblia* se le ve también bajo el nombre de Adán, y más adelante, por transmutación, bajo el de Ham. Sin embargo, estas son todas personificaciones de los “Hijos de la Sabiduría”. **La confirmación necesaria de que Júpiter pertenece al Ciclo Atlante puramente *humano* –caso de que Urano y Cronos que le precedieron se crean insuficientes- puede leerse en Hesíodo que nos dice que: Los inmortales hicieron la raza de la Edad de Oro y de Plata (Primera y Segunda Razas); Júpiter hizo la generación de Bronce (una mezcla de dos elementos), la de los Héroes, y la Edad de Hierro.**

Después de esto envía su fatal presente, Pandora, a Epimeteo. Hesíodo llama a este presente de la *primera mujer*, “un don fatal”. Fue un castigo, explica, enviando al hombre “por el robo del fuego (divino creador)”. La aparición de ella en la Tierra es la señal de toda clase de males. Antes de que apareciese, las razas humanas vivían dichosas, libres de enfermedades y sufrimientos; así como a las mismas razas se las hace vivir bajo el gobierno de Yima, en el *Vendidad* mazdeíta.

Pueden encontrarse también dos Diluvios en la tradición universal, comparando atentamente a Hesíodo, el *Rig Veda*, el *Zend Avesta*, etc; pero ningún *primer* hombre se menciona en ninguna Teogonía, salvo en la *Biblia*. En todas partes el hombre de *nuestra* Raza aparece después de un cataclismo de agua. Después de esto, la tradición sólo menciona los diversos continentes e islas que se hundieron pajo las olas del Océano a su debido tiempo. Los Dioses y los mortales tienen un origen común, según Hesíodo; y Píndaro hace la misma declaración. Deucalión y Pirra, que se escaparon del Diluvio construyendo un Arca como la de Noé, piden a Júpiter que reanime a la raza humana que había hecho perecer bajo las aguas de la inundación. En la mitología eslavona, todos los hombres se ahogaron, y sólo quedaron dos ancianos, un hombre y su mujer. Entonces, Pram'zimas, el “amo de todo”, les aconseja que salten siete veces sobre las rocas de la Tierra, y nacieron siete razas (parejas) nuevas, de las que provienen las nueve tribus Lituánias. (D.S. III, 447-450).



Los llamados “Ángeles Caídos” son la *Humanidad* misma. El Demonio del orgullo, de la lujuria, de la Rebelión y del odio, no existían *antes* de la aparición del hombre físico consciente. El hombre es quien ha engendrado y criado al demonio, y le ha permitido desarrollarse en su corazón; él es también quien ha contagiado al Dios que mora en él mismo, enlazando al Espíritu puro con el Demonio impuro de la materia. Y si el dicho kabalístico, “*Demon est Deus inversus*”, encuentra su corroboración metafísica y teórica en la Naturaleza dual manifestada, su aplicación práctica se encuentra solamente en la Humanidad. (D.S. III, 456-457).

En cuanto a la cuestión de las cuatro distintas Razas de la especie humana que precedieron a nuestra Quinta raza, nada de místico hay en ello, excepto los cuerpos etéreos de las primeras razas; y esto es materia de historia **legendaria, aunque sin embargo, muy exacta.** La leyenda es universal. Y si los *sabios* occidentales no gustan ver en ella sino un mito, en nada absolutamente influye. Los mexicanos tenían, y tienen aún, la tradición de la cuádruple destrucción del mundo por el fuego y el agua, lo mismo que la tenían los egipcios y que la tienen hasta hoy los indos. (D.S. III, 517-518).

Râhu, mitológicamente, es un Daitya, un Gigante, un Semi-dios, la parte inferior de cuyo cuerpo, terminaba en una cola de Dragón o Serpiente. Durante el mazar del Océano, cuando los Dioses produjeron el Amrita, el Agua de la Inmortalidad, robó el una parte, y bebiéndola se hizo inmortal. **El Sol y la Luna que vieron el robo, lo denunciaron a Vishnu, quien le colocó en las esferas estelares, representando la parte superior de su cuerpo la cabeza del Dragón, y la inferior (Ketu), la cola; siendo las dos los nodos ascendente y descendente.** Desde entonces, Râhu se venga del Sol y de la Luna tragándoselos de vez en cuando. Pero esta fábula tiene otro significado místico; pues Râhu, la cabeza del Dragón, jugaba una parte prominente en los Misterios de la Iniciación del Sol (de Vikartana), cuando el Candidato y el Dragón libraban una batalla suprema. (D.S. III, 634).

La sabiduría legendaria no podía desfigurar los hechos de tal modo que no pudiesen ser reconocidos. Entre las tradiciones de Egipto y Grecia por una parte y de Persia por otra –país siempre en guerra-, hay demasiada semejanza de



símbolos y de números, para poder admitir que semejante coincidencia sea debida a pura casualidad. Esto ha sido bien probado por Bailly. Detengámonos un momento a considerar esas tradiciones de todo origen importante, para comparar mejor las de los Magos con las llamadas “fábulas” griegas.

Estas leyendas han pasado a ser ahora cuentos populares, las tradiciones de Persia, así como más de una verdadera ficción se ha abierto paso en nuestra historia universal. Los relatos del Rey Arturo y se sus Caballeros de la Tabla Redonda, son también cuentos de hadas a juzgar por las apariencias; y sin embargo están basadas sobre hechos, y pertenecen a la historia de Inglaterra ¿Por qué, pues, la tradición del Irán, no ha de ser parte constitutiva de la historia y de los sucesos pre-históricos de la Atlántida? Esa tradición dice lo siguiente:

Antes de la creación de Adán, vivieron en la tierra dos razas sucesivas: los Devs, que reinaron 7.000 años, y los Peris (los Izeds), que sólo reinaron 2.000, existiendo todavía los primeros. Los Devs eran gigantes, fuertes y malvados; los Peris eran más pequeños de estatura, pero más sabios y bondadosos.

En esto reconocemos a los Gigantes atlantes y a los Arios, o a los Râkshasas del *Râmâyana*, y a los hijos de Bharata-varsha o la India; los antediluvianos y los postdiluvianos de la *Biblia*.

Gyan (o Gñan, Jñâna, el Conocimiento Verdadero o Sabiduría Oculta), llamado también Gian ben-Gian (o la Sabiduría, hija de la sabiduría), fue Rey de los Peris (Algunos derivan la palabra de paras, la cual produjo Pars, Pers, Persia; peropuede derivarse igualmente de Pitaras o Pitris, los progenitores indos de la Quinta Raza –los Padres de la Sabiduría o los Hijos de la “Voluntad y de Yoga”-, que eran llamados Pitaras, como lo fueron los Pitris divinos de la Primera Raza). **Tenía él un escudo tan famoso como el de Aquiles, sólo que en lugar de servir contra un enemigo en la guerra, servía de protección contra la magia siniestra, la brujería de los Devs. Gian-ben-Gian había reinado 2.000 años cuando a Iblis, el demonio, le fue permitido por Dios derrotar a los Peris y arrojarlos al otro extremo del mundo. Ni aun el escudo mágico, el cual siendo construido con arreglo a principios astrológicos, destruía los hechizos, encantamientos, etc., pudo vencer a Iblis, que era un agente del Destino, o Karma. Cuentan ellos diez reyes en su última metrópoli llamada Khanoom, y el décimo dicen fue Kaimurath, idéntico al Adán hebreo. Estos reyes corresponden con las diez generaciones antediluvianas de reyes, según las presenta Beroso.**

A pesar de lo desfigurado de están leyendas, no puede uno dejar de identificarlas con las tradiciones caldeas, egipcias, griegas y hasta con las hebreas; pues el



mito judío, aunque desdeñando en su exclusivismo al hablar de las naciones pre-adámicas, permite, sin embargo, que estas puedan inferirse claramente, al enviar a Caín, *uno de los dos únicos hombres vivientes sobre la Tierra*, al país de Nod, en donde se casa y construye una ciudad.

Ahora bien, si comparamos los 9.000 años mencionados por los cuentos persas, con los 9.000 años que Platón declara habían pasado desde el hundimiento de la última Atlántida, se hace aparente un hecho muy extraño. Bailly observó esto, pero lo desfiguró con su interpretación. La Doctrina Secreta puede devolver a los números su verdadero significado. Leemos en el *Critias*: En primer término debemos recordar que han pasado 9.000 años *desde la guerra de las naciones* que vivían encima y afuera de las columnas de Hércules, y las que poblaban la tierra por este lado.

En el Timeus, Platón dice lo mismo. Pero como la Doctrina Secreta declara que la mayor parte de los últimos insulares atlantes perecieron en el intervalo entre hace 850.000 y 700.000 años, y que los arios tenían ya una antigüedad de 200.000 años cuando la primera gran “Isla” o Continente fue sumergido, parece que no hay posibilidad de reconciliar estos números. Pero realmente, ello es posible. Siendo Platón un Iniciado, tenía que usar el lenguaje velado del Santuario, y lo mismo les sucedía a los Magos de Caldea y Persia, por medio de cuyas revelaciones exotéricas fueron preservadas las leyendas persas que pasaron a la posteridad. Del mismo modo, vemos que los hebreos dan a la semana “siete días”, y hablan de una “semana de años”, cuando cada uno de sus días representa 360 años solares, y de hecho toda la “semana” tiene 2.520 años. Tenían ellos una semana sabática, un año sabático, etc.; y su sábado duraba indiferentemente 24 horas o 24.000 años en los cálculos secretos de sus Sods. Nosotros, los de la época presente, llamaos “siglo” a una centuria. Los del tiempo de Platón, o por lo menos los escritores iniciados, significaban por un milenio, no 1.000 años, sino 100.000; mientras que los indos, más independientes que nadie, no han ocultado nunca su cronología. Así, por 9.000 años, los iniciados leen 900.000; durante cuyo tiempo –esto es, desde la primera aparición de la raza Aria, cuando las partes pliocenas de la que fue la gran Atlántida, principiaron a sumergirse gradualmente (el continente *principal* pereció en los tiempos Miocenos, como ya se ha dicho), y otros continentes a aparecer en la superficie, hasta la desaparición final de la pequeña isla Atlántida de Platón –las razas Arias no habían cesado nunca de luchar contra los descendientes de las primeras razas de gigantes. Esta guerra duró hasta cerca del fin de la edad que precedió al Kali Yuga, y fue la Mahâbhârata, o Gran Guerra, tan famosa en la historia india. Tal mezcla de sucesos y épocas, y la reducción de cientos de miles de años a miles, no contradice el número de años transcurridos, con arreglo a la declaración que hicieron los sacerdotes



egipcios a Solón, desde la destrucción del último resto de la Atlántida. La cifra de 9.000 años era exacta, pues este último suceso nunca había sido secreto, sino que se había borrado de la memoria de los griegos. Los egipcios tenían sus anales completos, a causa de su aislamiento; pues estando rodeados por el mar y el desierto, no habían sido inquietados por otras naciones, hasta unos cuantos milenios antes de nuestra Era.

La historia obtiene el primer vislumbre de Egipto y sus grandes Misterios por medio de Herodoto, si no tomamos en cuenta la *Biblia* y su extraña cronología. Y cuán poco nos *podía* decir Herodoto, lo confiesa él mismo, cuando al hablar de la tumba misteriosa de un Iniciado de Sais, en el sagrado recinto de Minerva, dice:

Detrás de la capilla... está la tumba de Uno, *cuyo nombre considero impío divulgar*... En el recinto hay grandes obeliscos, y cerca hay un *lago* rodeado de un muro de piedra en forma de *círculo*... En este lago ejecutan por la noche, aquellas aventuras personales que los egipcios llaman *Misterios*: sin embargo, sobre estos asuntos, aunque conozco perfectamente sus detalles, *tengo que guardar un discreto silencio*.

Por otra parte, es bien sabido que ningún secreto era tan bien guardado y tan sagrado para los antiguos, como el de sus ciclos y cómputos. Desde los egipcios hasta los judíos, se consideraba como el mayor de los pecados el divulgar todo lo que perteneciera a la medida exacta del tiempo. Por divulgar los secretos de los Dioses, fue Tántalo precipitado en las regiones infernales; los guardianes de los sagrados Libros Sibilinos tenían pena de muerte si revelaban una página de los mismos. En todos los templos, especialmente en los de Isis y Serapis, había Sigaliones, o imágenes de Harpócrates, que tenían un dedo sobre los labios. Y los hebreos enseñaban que el divulgar los secretos de la Kabalah, después de la iniciación en los Misterios Rabínicos, era lo mismo que comer del fruto del Árbol del Conocimiento; y merecía pena de muerte.

Y sin embargo, los europeos han aceptado la cronología exotérica de los judíos ¡Qué milagro, pues, que desde entonces haya influido y dado color a todos nuestros conceptos de la Ciencia, y de la duración de las cosas!.

Las tradiciones persas, por tanto, están llenas de dos razas o naciones que algunos creen completamente extinguidas ahora. Estas tradiciones hablan siempre de las montañas de Kaf (¿Kafaristan?) que contienen una galería construida por el gigante Argeak, en donde se guardan estatuas de los hombres antiguos, en todas sus formas. Las llaman Sulimanes (Salomones) o los sabios reyes del Oriente, y cuentan setenta y dos reyes de ese nombre (De aquí el rey Salomón, cuyo rastro no se encuentra en ninguna parte, excepto en la *Biblia*. La descripción de su magnífico palacio y ciudad concuerda con los cuentos



persas, aunque fueron desconocidos de todos los viajeros paganos, y hasta de Herodoto).

Siamek, el hijo querido de Kaimurath (Adán), su primer rey, fue asesinado por su gigantesco hermano. Su padre hacía conservar un fuego perpetuo en la tumba que contenía sus cenizas; ¡de aquí el origen del culto del fuego, como creen algunos orientalistas!.

Luego vino Huschenk, el prudente y el sabio. Su Dinastía fue la que volvió a descubrir los metales y piedras preciosas, después que fueron escondidos por los Devs o Gigantes en las entrañas de la Tierra, así como también el modo de hacer trabajos con el bronce, abrir canales y mejorar la agricultura. Como de costumbre, se atribuye también a Huschenk el haber escrito la obra llamada *Sabiduría Eterna*, y hasta la construcción de las ciudades de Luz, Babilonia e Ispahan, aunque, a la verdad, fueron construidas edades después. Pero, así como el Delhi moderno está construido sobre otras seis ciudades, del mismo modo estas ciudades pueden estar construidas en el emplazamiento de otras de inmensa antigüedad. En cuanto a su época, sólo puede inferirse de otra leyenda.

En la misma tradición se atribuye a este sabio príncipe el haber hecho la guerra a los Gigantes en un Caballo con doce patas, cuyo nacimiento se atribuye a los amores de un cocodrilo con un hipopótamo hembra. Este “Dodecápedo” se encontró en la “isla seca” o nuevo continente; fue necesaria mucha fuerza y astucia para apoderarse del maravilloso animal; pero tan pronto como Huschenk montó, derrotó a toda clase de enemigos. Ningún Gigante podía hacer frente a su tremendo poder. Finalmente, sin embargo, este rey de reyes fue muerto por una roca enorme que los Gigantes le tiraron desde las grandes montañas de Damavend.

Tahmurath, es el tercer rey de Persia, el San Jorge del Irán, el caballero que siempre venció al Dragón, y que finalmente le mata. Es el gran enemigo de los Devs, que en su tiempo, habitaban en las montañas de Kaf, y que de vez en cuando atacaban a los Peris. Las antiguas crónicas francesas de las tradiciones populares persas, le llaman Dev-bend, el vencedor de los Gigantes. A él también se le atribuye la fundación de Babilonia, Nínive, Diarbek, etc. Lo mismo que su abuelo Huschenk, Thamurath (Taimuraz) tenía su montura pero mucho más rara y rápida: un ave llamada Simorgh-Anke. Un pájaro maravilloso en verdad, inteligente, políglota y hasta muy religioso ¿Qué es lo que dice este Fénix persa? Se lamenta de su vejez, pues nació en ciclos y ciclos antes de los días de Adán (Kaimurath). Ha presenciado las revoluciones de largos siglos. Ha visto el principio y el fin de doce ciclos de 7.000 años cada uno, los cuales multiplicados esotéricamente, nos



darán de nuevo 840.000 años. Simorgh nació con el último Diluvio de los pre-Adamitas, dice el “Romance de Simorgh y el buen Khalif”.

¿Qué dice el *Libro de los Números*? **Esotéricamente, Adam Rishoon es el Espíritu Lunar (Jehovah, en un sentido, o los Pitris), y sus tres hijos, Ka-yín, Habel y Seth, representan las tres Razas, como ya se ha explicado. Noé Xisutros representa a su vez (en la clave cosmo-geológica) la Tercera raza separada, y sus tres hijos sus últimas tres razas; Cam, además, simboliza la Raza que descubrió la “desnudez” de la Raza Padre, y de los “Sin-mente”, esto es, que pecó.**

Tahmurath visita en su montura alada las Montañas de Koh-kaf o Kaph. Allí encuentra a los Peris maltratados por los Gigantes, y mata a Argen, y al gigante Demrusch. Luego pone en libertad a la buena Peri, Mergiana (Mergaín, o Morgana, la bella hermana del Rey Arturo, se demuestra de este modo que es de descendencia oriental), a quien Demrusch había tenido prisionera, y la lleva a la “tierra seca”, esto es, al nuevo continente de Europa (En donde la encontramos, en efecto, en la Gran Bretaña, en el romance de los Caballeros de la Tabla Redonda ¿De dónde provendría, si no, la identidad del nombre y del estado de hada, si ambas heroínas no simbolizasen el mismo suceso histórico que pasó a la leyenda?). **Después de él vino Glamschid que construyó Esikekar, o Persépolis. Este rey reina 700 años, y en su gran orgullo se cree inmortal, y exige honores divinos.** El destino le castiga; vaga errante durante 100 años por el mundo bajo el nombre de Dhulkarnayn, el de “dos cuernos”. Pero este epíteto no tiene relación alguna con el caballero patihendido de “dos cuernos”. Los de los “dos cuernos” es el epíteto que se da en Asia –la cual es demasiado incivilizada para conocer los atributos del Demonio- a los conquistadores que han dominado el mundo de Oriente a Occidente.

Luego vienen el usurpador Zohac, y Feridan, uno de los héroes persas, que vence al primero y lo encierra en las montañas de Damavend. A estos siguen muchos otros, hasta llegar a Kaikobad, que fundó una nueva Dinastía.

Tal es la historia legendaria de Persia que tenemos que analizar. En primer término, ¿Qué son las Montañas de Kaf?

Sean lo que quieran en su aspecto geográfico, ya sean las montañas caucásicas o las del Asia Central, la leyenda coloca a los Devs y a los Peris mucho más allá de estas montañas, al Norte, pues los Peris son los antecesores remotos de los Parsis o Farsis. La tradición oriental se refiere siempre a un mar sombrío, glacial, desconocido, y a una oscura región, en la cual, sin embargo están situadas las “Islas Afortunadas”, en donde desde el principio de la vida sobre la tierra, corre la



“Fuente de la Vida”. La leyenda asegura además, que una parte de la primera “isla seca” (continente) se desprendió del cuerpo principal y ha permanecido desde entonces, más allá de las Montañas de Koh-kaf, “el cinturón de piedra que rodea al mundo”. Un viaje de siete meses de duración llevará al que posea el “Anillo de Sulimán” a aquella “Fuente” si viaja directamente hacia el Norte, tan recto como vuela el pájaro. Por tanto, viajando desde Persia *en derechura* hacia el Norte, se llegará al grado sesenta de longitud, refiriéndose al Oeste, hacia Nueva Zembla; y desde el Cáucaso a los hielos eternos más allá del Círculo Ártico, se llegará, entre los sesenta y cuarenta y cinco grados de longitud, o entre Nueva Zembla y Spitzbergen. Esto, por supuesto, si uno tiene el caballo dodecápodo de Huschenk o el Simorgh alado de Tahmurath, o Taimuraz, para poder cruzar por encima del Océano Ártico.

Sin embargo, los trovadores vagabundos de Persia y del Cáucaso sostendrán, aun hoy, que mucho más allá de las nevadas crestas del Kap o Cáucaso, *hay un gran continente oculto ahora para todos*; al que llegan aquellos que pueden servirse de la progenie de doce patas del cocodrilo y del hipopótamo hembra, cuyas patas se convierten a voluntad en doce *alas*, o para aquellos que tengan la paciencia de esperar a que Simorgh-Anke quiera cumplir la promesa que hizo de que antes de morir revelaría a todos el continente oculto, y lo haría de nuevo visible y de fácil acceso por medio de un puente, que los Devs del Océano construirán entre esta parte de la “tierra seca” y sus partes disgregadas. Esto se relaciona, por supuesto, con la Séptima Raza, pues Simorgh es el Ciclo Manvantárico.

Es muy curioso que Cosme Indicoplesta, que vivió en el siglo VI después de Jesucristo, haya sostenido siempre que el hombre nació y habitó primeramente en un país “más allá del Océano”, de cuyo aserto le había dado prueba en la India, un sabio caldeo. Dice él:

Las tierras en que vivimos están rodeadas por el Océano, pero más allá de este Océano hay otro país que toca a las paredes del firmamento; y en esta tierra fue donde el hombre fue creado y vivió en el Paraíso. Durante el Diluvio, Noé fue llevado en su arca a la tierra en que ahora habita su posteridad.

El Caballo de doce patas de Huschenk fue encontrado en el continente llamado la “isla seca”.

La “Topografía Cristiana” de Cosme Indicoplesta, y sus méritos, son bien conocidos; pero en este punto el buen padre repite una tradición universal, la cual, por otra parte, ha sido ahora corroborada por los hechos. Todos los viajeros árticos sospechan la existencia de un continente o “tierra seca” más allá de la



línea de los hielos eternos. Quizás sea ahora más comprensible el significado del siguiente pasaje de uno de los Comentarios:

En los primeros comienzos de la vida (humana), la única tierra seca estaba en el extremo (los dos polos son llamados el “extremo de la derecha y el extremo de la izquierda” de nuestro Globo –siendo el de la derecha el Polo Norte- o la cabeza y los pies de la Tierra. Toda acción benéfica (astral y cósmica) viene del Norte; toda influencia letal del Polo Sur. Están muy relacionados con la magia de la “derecha” y de la “izquierda”, en las que influyen) ***de la derecha de la Esfera. En donde está inmóvil el (Globo). Toda la tierra era un vasto desierto de agua, y el agua era tibia... Allí nació el hombre, en las siete zonas del lugar inmortal e indestructible, del Manvántara*** (En Ocultismo se afirma que la tierra o isla, que corona el Polo Norte como un casquete, es la única que permanece inalterable durante todo el Manvántara de nuestra Ronda. Todos los continentes y tierras centrales surgirán del fondo de los mares, por turno muchas veces, pero esta tierra no cambiará nunca). ***Existía allí una primavera eterna en la obscuridad. (Pero) lo que es obscuridad para el hombre de hoy, era luz para el hombre en su aurora. Allí reposaban los Dioses y allí Fohat*** (Téngase presente que el nombre Védico y Avestaico de Fohat es Apâm-Napât. En el Avesta está entre los Yazatas del Fuego y los yazatas del Agua. El significado literal es “Hijo de las Aguas”; pero estas “Aguas” no son las líquidas que conocemos, sino el Aether, las Aguas Ígneas del Espacio. Fohat es el “Hijo del Aether” en su aspecto más elevado; Akâsha, el padre-Madre de los Siete primitivos, y del Sonido o el Logos. Fohat es la Luz del Logos) ***reina desde entonces... Por esto dicen los sabios Padres que el hombre nació en la cabeza de su Madre (la Tierra, y que sus pies (de la tierra) en el extremo de la izquierda generaron (engendraron) los vientos perniciosos que soplan de la boca del Dragón inferior... Entre la primera y la Segunda (Razas) la (Tierra) Central Eterna fue dividida por el Agua de la Vida*** (Esta “Agua” es la sangre o fluido de la Vida que anima a la Tierra, comparada aquí a un cuerpo vivo).

Esta fluye alrededor de su cuerpo (el de la Madre Tierra) y lo anima. Uno de sus extremos surge de su cabeza; a sus pies (el Polo Sur) se vuelve impura. Se purifica (a su vuelta) en su corazón, que late al pie de la sagrada Shambalah, que no había nacido entonces (en el principio). Pues en el cinturón de la morada del hombre (la Tierra) es donde se encuentra oculta la vida y la salud de todo el que vive y alienta (la enseñanza Oculta corrobora la tradición popular que asegura la existencia de una Fuente de la Vida en las entrañas de la Tierra y en el Polo Norte. Es la Sangre de la Tierra, la corriente electromagnética, que circula por medio de todas las arterias, y la cual se dice se encuentra acumulada en el “ombigo” de la Tierra). ***Durante la Primera y Segunda (Razas) el cinturón estaba cubierto por las grandes aguas. (Pero) la gran Madre trabajaba bajo las olas, y una nueva tierra se unió a la primera,***



*que nuestros sabios llaman la cofia (el gorro). Trabajó aún más para la Tercera (Raza) y su cintura y ombligo aparecieron sobre el agua. Era el cinturón, el sagrado Himavat, que se extiende alrededor del Mundo (El Ocultismo señala a la Cordillera de los Himalayas como siendo este “cinturón”, y sostiene que ya sea bajo el agua o por encima, rodea el Globo. El “ombligo” se dice situado hacia el Sol poniente o al Oeste del Himavat, en donde están los cimientos del Meru, cuya montaña está al Norte de los Himalayas. El Meru no es la “montaña fabulosa en el ombligo o centro de la Tierra”; pero sus raíces o cimientos están en ese “ombligo”, al paso que se halla en el lejano Norte mismo. Esto la relaciona con la comarca “Central” que “nunca perece”; la región, en la cual “el día del mortal dura seis meses y la noche otros seis”. Según lo expresa el *Vishnu Purâna*: “Para el Norte del Meru existe, por tanto, siempre la noche, mientras es de día en otras regiones; pues el Meru está al Norte de todos los Dvîpas y Varshas” (islas y países). El Meru, por tanto, no está en el Atlas como sugiere Wilford, ni tampoco como Wilson quiere indicar, “absolutamente en el Centro del globo”, sólo porque “lo está relativamente para los habitantes de las diversas partes, para quienes el Oriente es aquel lugar por donde el Sol aparece primero”. **Se rompió hacia el Sol poniente, desde su cuello** (Hasta los Comentarios no se abstienen de la metáfora Oriental. El Globo se representa como el cuerpo de una mujer, la “Madre Tierra”. Desde su cuello hacia abajo, significa desde el mar interior que se halla ahora más allá de la infranqueable barrera de hielo. La Tierra, según dice Parâshara, “es la madre y la nodriza, aumentada con todas las criaturas y sus cualidades, la comprensiva de todos los mundos” **abajo (hacia el Sudoeste) en muchas tierras e islas, pero la Tierra Eterna (el gorro) no se rompió. Tierras secas cubrieron la faz de las aguas silenciosas en los cuatro lados del Mundo. Todas estas perecieron (a su vez). Luego apareció la mansión de los malvados (la Atlántida). La Tierra Eterna estaba entonces oculta, pues la aguas se solidificaron (se helaron) bajo el aliento de sus narices y los malos vientos de la boca del Dragón, etc.***

Esto indica que el Asia Septentrional es tan antigua como la Segunda Raza. Puede decirse hasta que el Asia es contemporánea del hombre, puesto que desde el principio mismo de la vida humana existía ya su Continente Fundamental, por decirlo así, y la parte del mundo conocida ahora por Asia, sólo fue separada de él en tiempos posteriores, y dividida por las aguas glaciales.

Por tanto, si entendemos correctamente la enseñanza, el primer Continente que vino a la existencia cubrió todo el Polo Norte como una corteza continua y así sigue hasta hoy, más allá de aquel mar interior que parecía como un *espejismo* inalcanzable a los pocos viajeros árticos que lo percibieron.

Durante la Segunda Raza surgieron más tierras de debajo de las aguas, como una continuación de la “cabeza” desde el “cuello”. Principiando en ambos



hemisferios, en la línea por encima de la parte más al Norte del Spitzbergen, en la provincia de Mercator hacia nuestro lado, pudo haber incluido por el lado de América las localidades que ahora están ocupadas por la Bahía de Baffin y las islas y promontorios vecinos. *Allí*, apenas alcanzó, hacia el Sur, el grado setenta de latitud; *aquí* formó el continente en forma de herradura de que habla el Comentario; de cuyos dos extremos, uno incluía la Groenlandia con una prolongación que cruzaba el grado cincuenta un poco al Sudoeste, y el otro Kamschatka, estando unidos los dos extremos por lo que ahora es la franja Norte de las costas de la Siberia oriental y occidental. Esto se rompió en pedazos y desapareció. En los primeros tiempos de la Tercera Raza, se formó la Lemuria. Cuando a su vez fue destruida, apareció la Atlántida. (D.S. III, 654-669).

... En las orillas del Nîlâ (ciertamente no el río Nilo, sino cerca de las montañas Nila de la cordillera del Atlas) había luchas frecuentes entre los Devatâs (Seres Divinos, Semidioses) y los Daityas (Gigantes): pero siendo esta última tribu la que prevaleció, su rey y Jefe Shankhâsura, que residía en el Océano, hizo frecuentes incursiones... de noche.

No es en las orillas del Nilo, como supone Wilford, sino en las costas del África occidental, al Sur de donde está ahora Marruecos, donde tuvieron lugar estas batallas. Hubo un tiempo en que todo el Desierto de Sahara era un mar, después un continente tan fértil como el Delta, y luego, después de otra sumersión temporal, se convirtió en un desierto, parecido a aquella otra soledad, el Desierto de Shamo o del Gobi. Esto se indica en la tradición Puránica, pues en la misma página antes citada, se dice:

La gente estaba entre dos fuegos; pues, mientras Shankhâsura saqueaba un lado del continente, Cracacha (o Krauncha), rey de Crauncha-dwip (Krauncha-dvîpa), desolaba el otro; ambos ejércitos... *convirtieron así la más fértil de las regiones en un árido desierto.*

Seguro es que Europa fue precedida no sólo por la última isla de la Atlántida de que habla Platón, sino también por un gran continente; que primero se dividió, y últimamente se subdividió en siete penínsulas e islas (llamadas Dvîpas). Cubría él todas las regiones Atlánticas del Norte y del Sur, así como partes del pacífico, del Norte y Sur, y tenía islas hasta en el Océano Índico (restos de la Lemuria). Este aserto está corroborado por los *Purânas* indios, por escritores griegos y por tradiciones persas, asiáticas y mahometanas. Wilford, que confunde lastimosamente las leyendas indas y musulmanas, muestra esto, sin embargo, claramente. Sus hechos y citas de los *Purânas* presentan una evidencia concluyente de que los indos Arios y otras antiguas naciones, fueron navegantes antes que los fenicios, a quienes se atribuye ahora el haber sido los



primeros marinos que aparecieron en los tiempos postdiluvianos. He aquí lo que leemos en *Asiatick Researches*:

En su desesperación, los pocos indígenas que quedaron (en la guerra entre los Devatâs y Daityas) elevaron sus manos y corazón a Bhagavân, y exclamaron: “Que el que nos liberte... sea nuestro rey”; y usaron la palabra IT (un término *mágico* que Wilford evidentemente no entendió) que tuvo eco en todo el país.

Entonces estalla una violenta tempestad, las aguas del Kâli se agitan de un modo extraño, “y aparece sobre las olas... un hombre, llamado después ÎT, a la cabeza de un ejército numeroso, diciendo ‘*abhayan*’, o “*no hay temor*”; y derrotó al enemigo. “El rey ÎT”, explica Wilford, “es una encarnación subordinada de Mrira” – Mrida ¿una forma de Rudra probablemente?- quien “restableció la paz y prosperidad en todo el Shankha-dvîpa, por medio de Barbaradêsa, Misra st'hân y Arva-st'hân, o Arabia”, etc.

Seguramente, si los *Puranâs* indos dan una descripción de guerras en continentes e islas situadas más allá del África occidental, en el Océano Atlántico; si sus escritores hablan de Barbaras y otras gentes como los Árabes –ellos que nunca se ha sabido que hayan navegado ni cruzado el Kâla-pâni, las Negras Aguas del Océano, en los días de la navegación fenicia –entonces estos *Purânas* tienen que ser más antiguos que los fenicios, a los cuales se les asigna la época de 2.000 a 3.000 años antes de Cristo. En todo caso, sus tradiciones tienen que ser más antiguas, pues un Adepto escribe:

En el relato anterior, los indos hablan de esta isla como existiendo, y con gran poderío; por tanto, tiene que haber sido hace más de once mil años.

Pero puede aducirse otra prueba de gran antigüedad de estos indos arios que describieron la última isla superviviente de la Atlántida, o más bien de aquel resto de la parte oriental, del Continente que pereció poco después del levantamiento de las dos Américas (América, el “nuevo mundo”, es, pues, si no *mucho* más viejo, más viejo sin embargo, que Europa, el “antiguo” mundo. –los dos Varshas de Pushkara. Y describieron lo que conocían, porque habían morado una vez en él. Esto puede demostrarse, además con un cálculo astronómico de un Adepto que critica a Wilford. Recordando lo que este orientalista había manifestado respecto del Monte Ashburj, “a cuyo pie se pone el sol”, donde ocurrió la guerra entre los Devatâs y los Daityas (Si la mansión de Div o Dev-sefid (la de Târadaitya) estaba en el *séptimo grado*, es porque él vino de Pushkara, el Pâtala (antípodas) de la India, o de América. Esta última tocaba las paredes, por decirlo así, de la Atlántida, antes que esta se hundiese finalmente. Como la palabra Pâtâla significa a la vez los países antípodas y las regiones infernales, éstos se volvieron sinónimos en ideas y atributos lo mismo que en el nombre), dice:



Consideraremos, pues, la latitud y longitud de la perdida isla y del Monte Ashburj que ha quedado. Fue en el séptimo grado del mundo, esto, es en el séptimo clima (el cual está entre la latitud de 24 a 28 grados Norte)... Esta isla, hija del océano, se ha descrito muchas veces como estado al Oeste; y al sol se le presenta como poniéndose al pe de su montaña (Ashburj, Atlas, Tenerife o Nila, no importa el nombre), y luchando con el Demonio Blanco de la “Isla Blanca”.

Ahora bien; si consideramos esta declaración desde su aspecto astronómico, como Krishna es el Sol encarnado (Vishnu), un Dios solar, y como se dice que mató el Div-sefid, el Demonio Blanco –una personificación posible de los antiguos habitantes del pie del Atlas-, puede, quizás, que sólo sea una representación de los rayos verticales del Sol. Por otra parte, estos habitantes, los Atlantes, según hemos visto, son acusados por Diodoro de *maldecir* diariamente al Sol, y de luchar siempre contra su influencia. Esto es, sin embargo, una interpretación astronómica. Ahora quedará probado que Shankhâsura, y Shankha-dvîpa, y toda su historia, es también geográfica y etnológicamente la Atlántida de Platón bajo la vestimenta inda.

Se ha observado que, puesto que en los relatos Puránicos la isla *existe todavía*, estos relatos tienen que tener más de los 11.000 años que han transcurrido desde que Shankha-dvîpa, o la Poseidonis de la Atlántida, desapareció. Pero ¿no puede ser posible que los indos conocieran esta isla aun antes? Volvamos de nuevo a las demostraciones astronómicas que aclaran perfectamente este punto, si con el referido Adepto consideramos que:

En el tiempo en que el “coluro” tropical del verano pasaba por las Pléyades, cuando Cor Leonis se hallaba sobre el ecuador, y cuando Leo estaba vertical a Ceilán al ponerse el sol, entonces Tauro estaría vertical a la isla de la Atlántida al mediodía.

Esto quizás explique el por qué los singaleses, herederos de los Râkshasas y Gigantes de Lankâ, y descendientes directos de Sinha, o Leo estuvieron relacionados con Shankha-dvîpa o Poseidonis (la Atlántida de Platón). Sólo que, como el *Sphinxiad* de Mackey indica, esto tiene que haber ocurrido hace unos 23.000 años, *astronómicamente*; en cuyo tiempo la oblicuidad de la eclíptica tuvo que haber sido de 27 grados, y por consiguiente, Tauro debe haber pasado sobre la Atlántida o Shankha-dvîpa. Y que esto era así, se demuestra claramente. Dicen los Comentarios:

El toro sagrado Nandi fue traído de Bhârata a Shankha para encontrarse con Rishabha (Tauro) en cada Kalpa. Pero los de la Isla Blanca (descendientes originalmente de Shveta-dvîpa (Ni la Atlántida, ni tampoco Shankha-dvîpa, fueron llamados jamás la “Isla Blanca”. Cuando la tradición dice que “la isla Blanca se tornó



negra a causa de los pecados de su gente”, se refiere únicamente a los habitantes de la “Isla Blanca”, se refiere únicamente a los habitantes de la “Isla Blanca”, o Siddhapura, o Shveta-dvīpa, que descendieron a la “Isla Blanca” de la Tercera o Cuarta Razas, para “informar a esta última, y quienes habían encarnado, se volvieron negros por el pecado” – una figura del lenguaje. Todos los Avâtaras de Vishnu se dice que proceden originalmente de la isla Blanca. Según la tradición tibetana, la Isla Blanca es la única localidad que escapa al destino general de los otros Dvīpas; no puede ser destruida por el agua ni por el fuego, porque es la “Tierra Eterna”, que se habían mezclado con los Daityas (Gigantes) de la tierra de iniquidad, se hubieron vuelto negros por el pecado, entonces Nandi permaneció por siempre en la isla Blanca (o Shveta-dvīpa)... Los del Cuarto Mundo (Raza) emitieron AUM.

Asburj, o Azburj, ya sea o no el Pico de Tenerife, era un volcán cuando principió la sumersión de la “Atala Occidental”, o Infierno, y los que se salvaron refirieron lo sucedido a sus hijos. La Atlántida de Platón pereció entre el agua por debajo y el fuego por encima; pues la gran montaña, no cesó de vomitar llamas.

El “Monstruo vomitador de fuego” fue el único que sobrevivió de entre las ruinas de la desgraciada isla.

¿Es que se acusa también a los griegos, a quienes se atribuye haber hecho suya una ficción inda (Atala), y haber inventado otra de ella (la Atlántida), de haber tomado de ellos sus nociones geográficas y el número siete?

“La famosa Atlántida ya no existe, pero casi no se puede dudar de que existiera”, dice Proclo; “pues Marcelo, que escribió una historia sobre los asuntos etíopes, dice que tal gran isla existió una vez, y esto lo prueban los que escribieron historias acerca del mar externo. Pues ellos *cuentan que en este tiempo había siete islas* en el mar Atlántico, consagradas a Proserpina; y además de éstas, tres de inmensa magnitud, consagradas a Plutón..., Júpiter..., y Neptuno. Y, además, los habitantes de la última isla (Poseidonis) *conservaban la memoria de las prodigiosas dimensiones* de la isla Atlántida, según lo habían referido sus antepasados, y que ella gobernó durante mucho tiempo todas las islas del mar Atlántico. Desde esta *isla* puede pasarse a otras grandes islas más allá, las cuales no están lejos de la tierra firme, cerca de la cual está el verdadero mar”.

Estos siete Dvīpas (traducidos erróneamente por islas) constituyen, según Marcelo, el cuerpo de la famosa Atlántida... Esto muestra evidentemente que la *Atlántida es el antiguo continente*... La Atlántida fue destruida después de una violenta borrasca (¿): esto es bien conocido de los puránicos, algunos de los cuales aseguran que, a consecuencia de esta espantosa convulsión de la naturaleza, desaparecieron seis de los Dvīpas.

Ya se han dado bastantes pruebas para satisfacer al mayor escéptico. No obstante, se añadirán pruebas directas basadas en la Ciencia exacta. Sin



embargo, aun cuando se escribieran volúmenes, de nada servirían para aquellos que no quieren ver ni oír, sino por los ojos y oídos de sus autoridades respectivas.

De aquí la enseñanza de los escoliadores católicos romanos, a saber: Que Hermón, el monte de la tierra de Mizpeth –que significa “anatema”, “destrucción”- es lo mismo que monte Armón. Como prueba de esto, cita muchas veces a Josefo afirmando que, aun en su tiempo, se descubrían en él diariamente enormes huesos de gigantes. Pero era la tierra de Balaam, el profeta a quien el “Señor amaba”. **Y tan mezclados están los hechos y personajes en el cerebro de los mencionados escoliadores, que cuando el *Zohar* explica que “las aves” que inspiraron a Balaam significan “Serpientes”, esto es, los Hombres Sabios y Adeptos en cuya Escuela había aprendido los misterios de la profecía, aprovechan de nuevo la ocasión para mostrar al Monte Hermón, habitado por los “dragones alados del Mal, cuyo jefe es Samael” -¡el Satán judío! Según dice Spencer:**

A estos espíritus impuros encadenados en el Monte Hermón del Desierto, fue enviado el chivo de Israel, el cual tomó el nombre de uno de ellos (Azaz (y) él).

No es así, decimos nosotros. El *Zohar* tiene la explicación siguiente acerca de la práctica de la magia, la cual es llamada en hebreo Nehhaschim o las “Obras de las Serpientes”. Dice:

Es llamada Nehhaschim, porque los magos (Kabalistas prácticos) trabajan *rodeados por la luz de la Serpiente Primordial*, que perciben en el cielo como una zona luminosa compuesta de miríadas de péqueñas estrellas.

Esto significa sencillamente la Luz Astral, llamada así por los Martinistas, por Eliphas Lévi, y ahora por todos los Ocultistas modernos. (D.S. III, 669-681).

Hay orientalistas e historiadores (y constituyen la mayoría) que, mientras permanecen impasibles ante el lenguaje más bien crudo de la *Biblia* y ante algunos de los sucesos que en ella se relatan, muestran gran disgusto ante la “inmoralidad” de los Panteones de la India y de Grecia (Tenemos a la vista las Conferencias del profesor Max Müller, *On the Philosophy of Mythology*. Leemos sus citas de Heráclito (460 años antes de Cristo) declarando que Homero merecía “ser lanzado de las asambleas públicas y azotado”; y que Xenófanes “hacía responsables a Homero y Hesiodo de las supersticiones populares de Grecia”, por atribuir “a los dioses todo lo que fuera degradante y escandaloso entre los hombres... hechos criminales, tales como el robo, el adulterio y el fraude”. Finalmente, el profesor de Oxford cita una parte de la traducción de Platón por el profesor Jowett, en que éste dice a Adaimantus (*República*) que a “los jóvenes (del Estado) no debía decirseles que al cometer los peores crímenes estaban lejos de hacer nada malo, y que podían castigar a sus padres (como Zeus hizo con Cronos)... de la manera que quisiesen, y que en esto sólo seguían el ejemplo del primero y más grande de los dioses... En mi opinión, estas historias *no son*



propias para ser repetidas". A esto observa el profesor Max Müller que: "la religión griega era claramente una religión nacional y *tradicional*, y que como tal participaba de las ventajas y desventajas de *esta forma de creencia religiosa*"; al paso que la religión cristiana es "una religión *histórica*, y, en gran parte, individual y posee la ventaja de un código autorizado y de un sistema de creencia establecido" (pág. 349). Tanto peor si es "histórica", pues seguramente el incidente de Lot con sus hijas sólo ganaría si fuera "alegórico". Se nos puede decir que antes que ellos, Eurípides, Píndaro y hasta el mismo Platón expresaron el mismo disgusto; que ellos también se sintieron irritados ante los cuentos que se inventaban – "esos cuentos miserables de los poetas" según la frase de Eurípides (*Hércules Furens*, 1346, edición de Dindorf).

Pero quizá hubiera otra causa para esto. Para los que sabían que había más de una clave para el Simbolismo Teogónico, era un error el haberlo expresado en un lenguaje tan crudo y engañoso. Pues si el filósofo ilustrado y sabio podía discernir el meollo de la sabiduría bajo la grosera corteza del fruto, y sabía que este último escondía las más grandes leyes y verdades de la naturaleza psíquica y física, así como del origen de todas las cosas; no así el profano no iniciado. Para éste la letra muerta era la *religión*; la interpretación, sacrilegio. Y esta letra muerta no podía edificarle, ni hacerle más perfecto, al ver que semejante ejemplo le era dado por sus Dioses. Pero para el filósofo (especialmente el Iniciado), la *Teogonía* de Hesiodo es tan histórica como pueda serlo cualquier historia. Platón la acepta como tal, y expone tantas de sus verdades como sus juramentos se lo permitían.

El hecho de que los atlantes pretendiesen que Urano fue su primer rey, y que Platón principie su historia de la Atlántida por la división del gran Continente por Neptuno, el nieto de Urano, muestra que hubo otros continentes antes que la Atlántida, y reyes antes que Urano. Pues Neptuno, a quien tocó en suerte el gran Continente caído, encuentra en una pequeña isla sólo una pequeña pareja humana hecha de barro, esto es, el primer hombre físico *humano*, cuyo origen principió con las últimas sub-razas de la Tercera Taza-Raíz. El Dios se casa con su hija Clito, y su hijo mayor Atlas es el que recibe como herencia la montaña y el continente llamados por su nombre.

Ahora bien; todos los Dioses del Olimpo, así como todos los del Panteón Indo y los Rishis, eran las personificaciones septiformes: 1º de los Números de los Poderes Inteligentes de la Naturaleza; 2º de las Fuerzas Cósmicas; 3º de los Cuerpos Celestes; 4º de los Dioses o Dhyân Chohans; 5º de los Poderes Psíquicos y Espirituales; 6º de los Reyes Divinos de la Tierra, o encarnaciones de los dioses, y 7º de los Héroes u Hombres Terrestres. El saber distinguir entre estas siete formas la que se pretendía, es cosa que perteneció en todo tiempo a los Iniciados, cuyos primeros predecesores habían creado este sistema simbólico y alegórico.



Así, mientras que Urano, o la Hueste que representaba este grupo celeste, reinó y gobernó en la Segunda Raza y su Continente; Cronos o Saturno gobernó a los Lemures; y Júpiter, Neptuno (Neptuno o Poseidón es el Idas-pai indo, idéntico a Nârâyana (el movedor de las Aguas) o Vishnú, y como este Dios indo se presenta cruzando todo el horizonte en *tres pasos*. Idas-pati también significa el “Señor de las Aguas”) y otros lucharon en la alegoría por la Atlántida, que era toda la Tierra en los días de la Cuarta Raza. Poseidonis o la última isla de la Atlántida –el “tercer paso” de Idas-pati, o Vishnú, en el lenguaje místico de los Libros Secretos- duró hasta hace unos 12.000 años. Los atlantes de Diodoro tenían razón en sostener que en su país, en la región que rodeaba el Monte Atlas, fue donde “nacieron los Dioses”, esto es “encarnaron”. Pero sólo después de su cuarta encarnación, fue cuando se convirtieron en reyes humanos y gobernantes, por primera vez.

Diodoro habla de Urano como primer rey de la Atlántida, confundiendo los Continentes, ya fuese conscientemente o de otro modo; pero, como hemos indicado, Platón corrige indirectamente el aserto. **El primer instructor de astronomía de los hombres fue Urano, porque es uno de los siete Dhyân Chohans del segundo Período o Raza.** Así, también es el segundo Manvantara, el de Svârochisha, entre los siete hijos del Manú, los Dioses o Rishis que presidían aquella raza, vemos a Jyotis (Véase Matsya Purâna, el cual le coloca entre los siete Prajâpatis de la época), el maestro de astronomía (Jyotisha), uno de los nombres de Brahmâ. Y así también los chinos reverencia a Tien (o el Firmamento, Ouranos) y le dan el nombre de su primer maestro en astronomía. Urano dio origen a los Titanes de la tercera Raza, y ellos fueron los que le mutilaron personificados por Saturno-Cronos. Porque, como los Titanes *cayeron en la generación*, cuando “la creación por medio de la *voluntad* fue reemplazada por la procreación física”, no necesitaban más a Urano.

Y aquí debe permitírsenos y perdonárse nos una corta digresión. A consecuencia de la última producción erudita de Mr. Gladstone en el *Nineteenth century*, “Los Dioses Mayores, del Olimpo”, las ideas del público en general acerca de la mitología griega han sido aún más pervertidas y extraviadas. A Homero se le atribuye un pensamiento íntimo, que Mr. Gladstone considera como “la verdadera clave de la concepción Homérica” mientras que esta “clave” es meramente un *velo*.

[Poseidón] es en verdad esencialmente un mundano de la tierra..., fuerte e imperioso, sensual y sumamente celoso y vengativo –

pero esto es porque simboliza el Espíritu de la Cuarta Raza–Raíz, el Regente de los Mares, esa Raza que vive sobre la superficie de los mares (*Ilíada*, XXIV, 79), compuesta de gigantes; los hijos de Eurimedón, la raza padre de Polifemo, el Titán y Cíclope de *un ojo*. Aunque Zeus reina sobre la Cuarta Raza, Poseidón es



quien gobierna y el que es la verdadera clave de la tríada de los Hermanos Cronid y de nuestras razas *humanas*. Poseidón y Nereus son *uno*; el primero es el Gobernante o Espíritu de la Atlántida antes del principio de su sumersión; el último, después. Neptuno es la fuerza titánica de la Raza *viviente*; Nereus, su Espíritu reencarnado en la Raza Aria subsiguiente, o Quinta; y esto es lo que el sabio helenista de Inglaterra no ha descubierto aún, ni siquiera vislumbrado. ¡Y sin embargo, hace muchas observaciones sobre la “habilidad” de Homero, el cual no nombra nunca a Nereus, a cuya designación sólo se llega por el patronímico de Nereidas!

Así, la tendencia aun de los más eruditos helenistas es limitar sus especulaciones a las imágenes exotéricas de la Mitología, y perder de vista su sentido íntimo, y esto se ve de un modo notable en el caso de Mr. Gladstone, como hemos señalado. Al paso que es casi la figura más conspicua de nuestra época, como hombre de Estado, es, al propio tiempo, uno de los sabios más ilustrados que Inglaterra ha producido. La literatura griega ha sido el estudio preferido de su vida, y ha encontrado tiempo, en medio de la baraúnda de los negocios públicos, para enriquecer la literatura contemporánea con producciones de erudición griega, que harán su nombre famoso en las generaciones futuras. Al mismo tiempo, como admiradora sincera suya, la escritora de estas líneas no puede menos de sentir grandemente que la posteridad, al paso que reconozca su profunda erudición y vasta cultura, juzgue, sin embargo, a la luz más clara que *tiene* que alumbrar entonces toda la cuestión del Simbolismo y de la Mitología, que no pudo penetrar en el espíritu del sistema religioso, que tanto ha criticado desde el punto de vista dogmático cristiano. En ese futuro se verá que la clave esotérica de la Teogonía cristiana, así como de la Teogonía y ciencias griegas, es la Doctrina Secreta de las naciones prehistóricas, que, juntamente con otros, ha negado. Sólo esta doctrina es la que puede señalar el parentesco de todas las especulaciones humanas religiosas, y hasta de las llamadas “revelaciones”; y ésta es la enseñanza que infunde el espíritu de la vida en los símbolos seculares de los Montes de Meru, Olimpo, Walhalla o Sinaí. (D.S. IV, 538-544).

Cronos significa la Duración ilimitada, y por tanto, inmutable, sin principio ni fin, mas allá de la división del Tiempo y más allá del Espacio. Esos Ángeles, Genios o Devas, que nacieron para *actuar dentro del espacio y del tiempo*, esto es, para abrirse paso a través de los *Siete Círculos* de los planos super-espirituales, a las regiones super-terrestres, fenomenales o circunscritas, se dice alegóricamente que se *rebelaron* contra Cronos y combatieron al León, que era entonces el Dios viviente y más elevado. Cuando Cronos, a su vez, es representado mutilando a Urano, su padre, el significado de la alegoría es muy sencillo. El Tiempo Absoluto



se ha convertido en finito y condicionado; una porción es substraída al todo, mostrando así que Saturno, el Padre de los Dioses, ha sido transformado de Duración Eterna en período limitado. Cronos con su guadaña echa abajo hasta los ciclos más largos, que para nosotros son como sin fin, pero que, después de todo, son limitados en la Eternidad; y con la misma guadaña destruye a los rebeldes más poderosos. ¡Sí; ni uno solo escapará a la guadaña del Tiempo! Ya roguéis a Dios o a los Dioses, o ya os moféis de aquel o de estos, esa guadaña no vacilará una millonésima parte de segundo en su curso ascendente o descendente.

Los Titanes de la *Teogonía* de Hesiodo fueron copiados en Grecia de los Suras y Asuras de la India. Estos Titanes hesiodicos, los Uranidas, que en un tiempo se contaban solo como seis, se ha descubierto recientemente, en un antiguo fragmento que hace referencia al mito griego, que son *siete*, llamándose el séptimo Phoreg. Así pues, la identidad con los Siete Rectores se demuestra plenamente. El origen de la Guerra en los Cielos y de la Caída tiene, en nuestra opinión, que buscarse inevitablemente en la India, y en un tiempo quizás mucho más remoto que el que los relatos puránicos dicen sobre el particular. Pues el Tarakamaya fue de una época posterior; y en casi todas las cosmogonías se da cuenta de tres Guerras distintas. La primera Guerra tuvo lugar en la noche de los tiempos, entre los Dioses y los (A)–suras, y duro un Año Divino. En esta ocasión las Deidades fueron derrotadas por los Daityas, bajo el mando de Hrada. Pero después, debido a un artificio de Vishnu, a quien acudieron en demanda de auxilio los Dioses vencidos, estos últimos derrotaron a los Asuras. En el Vishnu Purana no se ve intervalo entre ambas guerras. Sin embargo, según la Doctrina Secreta, tiene lugar una Guerra antes de la construcción del Sistema Solar; otra, en la Tierra, cuando la “creación” del hombre; y una tercera Guerra tuvo lugar al final de la Cuarta Raza, entre sus Adeptos y los de la Quinta Raza, esto es, entre los Iniciados de la “Isla Sagrada” y los Brujos de los atlantes. Nos fijaremos en la primera guerra, según la refiere Parashara, y trataremos de separar los dos relatos, que se hallan mezclados con intención. . . (D.S. II, 200-202)

Grecia tenía su Apolo Hiperbóreo así como su Apolo Meridional. De igual modo, casi todos los Dioses de Egipto, Grecia y Fenicia, así como los de otros Panteones, son de origen septentrional, y nacidos en la Lemuria, hacia el final de la Tercera Raza. Después que se hubo completado toda su evolución física y fisiológica. Todas las “fábulas” de Grecia, podría verse que están fundadas en hechos históricos, si esta historia hubiera pasado a la posteridad sin ser adulterada por los mitos. Los cíclopes de “un solo ojo”, los gigantes presentados en la fábula como hijos de Coelus y Terra –en número de tres, según Hesíodo-



fueron las tres últimas sub-razas de los Lemures, refiriéndose el “ojo único” al ojo de la sabiduría (los Cíclopes no son los solos representantes de “un ojo” en la tradición. Los Arimaspes eran un pueblo escítico, y se le atribuía también un solo ojo. Ellos fueron los que Apolo destruyó con sus flechas); pues los dos ojos frontales sólo estuvieron completamente desarrollados como órganos físicos, en el principio de la Cuarta Raza. La alegoría de Ulises, cuyos compañeros fueron devorados, mientras que el rey de Itaca se salvó sacando el ojo de Polifermo con un tizón de fuego, está basada en la atrofia psico-fisiológica del “tercer ojo”. Ulises pertenece al ciclo de los héroes de la Cuarta Raza, y aun cuando era un “Sabio” respecto de esta última, debió haber sido un libertino en opinión de los cíclopes pastoriles (Ulises naufragó en la isla de Aea, en donde Circe transformó a todos sus compañeros en cerdos a causa de su *voluptuosidad*; después de esto fue arrojado a Ogygia, la isla de Calipso, en donde vivió unos siete años en relaciones ilícitas con la ninfa. Ahora bien; Calipso era una hija de Atlas, y todas las versiones antiguas tradicionales, al hablar de la isla de Ogygia, dicen que estaba muy distante de Grecia, y en medio del Océano; identificándola así con la Atlántida). Su aventura con estos últimos –la raza salvaje gigantesca, antítesis de la culta civilización de la *Odisea*- es una representación alegórica del paso gradual de la civilización ciclópea de construcciones colosales de piedra, a la cultura más sensual y física de los Atlantes, que fue causa de que la última parte de la Tercera raza perdiese su ojo *espiritual*, que todo lo penetraba. La otra alegoría, que representa a Apolo matando a los Cíclopes para vengar la muerte de su hijo Asclepio, no se refiere a las tres sub-razas representadas por los tres hijos del Cielo y de la Tierra, sino a los Cíclopes hiperbóreos Arimaspias, último resto de la raza dotada con el “ojo de la sabiduría”. Los primeros han dejado vestigios de sus construcciones en todas partes, tanto en el Sur como en el Norte; los otros estaban confinados solamente al Norte. Así, **Apolo – que es principalmente el Dios de los Videntes**, cuyo deber es castigar la profanación los mató (representando sus flechas las pasiones humanas fieras y letales); y ocultó su flecha detrás de una montaña en las regiones hiperbóreas. **Cósmica y astronómicamente, este Dios hiperbóreo es el Sol personificado, el cual, durante el curso del año Sideral -25.868 años- cambia los climas de la superficie de la Tierra, haciendo regiones frías de las tropicales y viceversa.** Psíquica y espiritualmente su significado es mucho más importante. Como observa muy pertinentemente Mr. Gladstone en su “Dioses Mayores del Olimpo”:

Las cualidades de Apolo (juntamente con Athené) son imposibles de comprender, sin acudir a fuentes, que se encuentran más allá del límite de las tradiciones más comúnmente exploradas para la elucidación de la mitología griega).

La historia de Latona (Leto), madre de Apolo, está llena de significados diversos. Astronómicamente, Latona es la región polar, y la noche, que da nacimiento al



Sol, a Apolo, a Febo, etc. Nació ella en los países hiperbóreos, en donde todos los habitantes eran sacerdotes de su hijo, que celebraba su resurrección y descenso en su país cada diez y nueve años, a la renovación del ciclo lunar. Latona es el Continente hiperbórico y su Raza, geológicamente. (Para establecer una diferencia entre la Lemuria y la Atlántida, los escritores antiguos mencionaban a esta última como Atlántida Septentrional o Hiperbórea, y a la primera como Meridional. Así Apolodoro dice: “Las manzanas de oro que se llevó Hércules no están, como algunos creen, en la Libia: están en la Atlántida Hiperbórea”. Los griegos naturalizaban a todos los Dioses que se apropiaban y los hacían helenos, y los modernos les ayudan. Así también, los mitólogos han tratado de hacer del Eridano el río Po, en Italia. En el mito de Faetón se dice que a su muerte, sus hermanas derramaron lágrimas ardientes que cayeron en el Eridano y se cambiaron en ámbar. Ahora bien, el ámbar sólo se encuentra en los mares del Norte, en el Báltico. Faetón, al encontrar su muerte, al llevar calor a las estrellas heladas de las regiones boreales, despertando en el Polo al Dragón rígido de frío y siendo precipitado al Eridano, es una alegoría que se refiere directamente a los cambios de clima en aquellos tiempos lejanos, cuando las tierras polares se convirtieron de zona frígida en un país con clima moderado y templado. El usurpador de las funciones del Sol, Faetón, precipitado al Eridano por el rayo de Júpiter, es una alusión al segundo cambio que ocurrió en aquellas regiones cuando, nuevamente, la tierra donde “florecía la magnolia”, se convirtió en la tierra desolada y prohibida del lejanísimo Norte. Y de los hielos eternos. Esta alegoría cubre, pues, los sucesos de dos Paralayas, y si se comprendiera bien, debería ser una demostración de la enorme antigüedad de las razas humanas).

Cuando el sentido astronómico cede su lugar al espiritual y divino –Apolo y Athene transformándose en “aves”, símbolo y emblema de las divinidades y ángeles superiores- entonces el brillante Dios asume poderes divinos creadores. Apolo se convierte en la personificación de la videncia, cuando envía el doble Astral de Encas al campo de batalla, y tiene el don de aparecer a sus videntes sin ser visible a otras personas presentes, don del que, en todo caso, participa todo Adepto elevado.

El Rey de los hiperbóreos era por esta razón hijo de Boreas, el Viento Norte, y el Sacerdote Superior de Apolo. La contienda de Latona y Niobe –la Raza Atlante-madre de siete hijos y siete hijas, que personifican las siete su-brazas de la Cuarta Raza y sus siete Ramas, alegoriza la historia de los dos Continentes. La cólera de los “Hijos de Dios” o de la “Voluntad y Yoga”, al ver la constante degradación de los atlantes, era grande; y el significado de la destrucción de los hijos de Niobe por los hijos de Latona –Apolo y Diana, las deidades de la luz, la sabiduría y la pureza, o el Sol y la Luna astronómicamente, cuya influencia ocasiona cambios en el eje de la Tierra, diluvios y otros cataclismos cósmicos- es, así, muy claro. La fábula acerca de Niobe, cuyo dolor hace que Zeus la transforme en una fuente –la Atlántida cubierta por las aguas- no es un símbolo



menos gráfico (para más información sobre el mito de Latona y Niobe ver D.S. IV página 551-551 apartado 78). Niobe, téngase presente es hija de una de las Pléyades, o Atlántidas; por tanto, es nieta de Atlas, porque representa las últimas generaciones del Continente condenado.

Una observación verdadera es la de Bailly, cuando dice que la Atlántida tuvo una influencia enorme en la antigüedad. Añade él:

Si estos nombres míticos son meras alegorías, entonces todo lo que tienen de verdad viene de la Atlántida; si la fábula es una tradición real –aunque alterada– entonces la historia antigua es por completo su historia.

Tan es así que todos los antiguos escritos –prosa y poesía están llenos de reminiscencias de los lemuro-atlantes, las *primeras* Razas físicas, aunque Tercera y Cuarta en número, en la evolución de la Humanidad de la Cuarta Ronda en nuestro Globo. Hesíodo anota la tradición acerca de los hombres de la Edad de Bronce, a quienes Júpiter había formado de madera de fresno y que tenían corazones más duros que el diamante. Revestidos de bronce de pies a cabeza, pasaban sus vidas peleando. De tamaño monstruoso, dotados de una fuerza terrible, de sus hombros salían brazos y manos invencibles, dice el poeta. Tales eran los gigantes de las primeras Razas físicas. Los iraníes tienen en el *Yasna*, IX, 15, una referencia a los últimos atlantes. La tradición sostiene que los “Hijos de Dios”, o grandes Iniciados de la Isla Sagrada, se aprovecharon del Diluvio para libertar a la Tierra de todos los Brujos que había entre los atlantes. El referido versículo se dirige a Zarathushtra, como uno de los “Hijos de Dios”. Dice:

Tú, ¡Oh Zarathushtra! Hiciste que todos los demonios (Brujos) que antes vagaban por el mundo en formas humanas, se escondiesen en la tierra (ayudó a sumergirlos).

Los lémmures, así como también los atlantes primitivos, estaban divididos en dos clases distintas: los “Hijos de la Noche” o de las Tinieblas, y los “Hijos del Sol” o de la Luz. Los libros antiguos nos hablan de terribles batallas entre los dos, cuando los primeros, abandonando su país de Tinieblas, de donde el Sol había partido hacía varios meses, descendieron de sus regiones inhospitalarias y “trataron de arrancar el Dios de la Luz” de sus hermanos más favorecidos de las regiones ecuatoriales. Se nos podrá decir que los antiguos no sabían nada de la larga noche de seis meses de duración en las regiones polares. Hasta el mismo Herodoto, más instruido que los demás, sólo menciona un pueblo que dormía durante seis meses del año y estaba despierto la otra mitad. Sin embargo, los griegos sabían muy bien que había un país en el Norte donde en año estaba dividido en un día y una noche de seis meses de duración cada una, pues Plinio dice esto claramente. Hablan ellos de los cimerianos y de los hiperbóreos, y establece una diferencia entre los dos. Los primeros habitaban el Palus Maeotis,



entre los 45° y 50° de latitud. Plutarceo explica que ellos eran sólo una *pequeña parte* de una *gran nación* expulsada por los escitas, nación que se detuvo cerca del Tanais, después de *haber cruzado el Asia*.

Aquellas multitudes guerreras vivían primeramente en las costas del Océano, en bosques densos y *bajo un cielo tenebroso*. Allí es casi la cabeza del polo; allí *largas noches y días dividen el año*.

En cuanto a los hiperbóreos, estos pueblos, según se expresa Solino Polyhistor:

Sembraban por la mañana, recogían al mediodía; reunían sus frutos por la tarde, y los almacenaban por la noche en sus cuevas.

Hasta los escritores del *Zohar* conocían este hecho, pues está escrito:

En el Libro de Hammannunah, el Viejo (o el Anciano), leemos... que hay algunos países de la tierra que están alumbrados, mientras otros están en la obscuridad; estos tienen el día, cuando para los otros es de noche; y hay países en los cuales es constantemente de día, o en los que la noche sólo dura unos instantes.

La isla de Delos, la Asteria de la mitología griega, nunca estuvo en Grecia; pues este país no existía en aquel tiempo, ni siquiera en su forma molecular. Algunos escritores han indicado que representaba un país o una isla mucho mayor que los pequeños trozos de tierra que se convirtieron en Grecia. Tanto Plinio como Diodoro de Sicilia, la colocan en los mares del Norte. Uno la llama Basilea, o “real”; y el otro, Plinio, la llama Osericta, palabra que, según Rudbeck, tenía

Un significado en las lenguas septentrionales, equivalente a la Isla de los Reyes Divinos o Dioses-Reyes.

O también “Isla real de los Dioses”, porque los Dioses nacieron allí, esto es, las Dinastías Divinas de los Reyes de la Atlántida procedían de aquel lugar. Que los geógrafos y geólogos la busquen entre el grupo de islas descubierto por Nordenskiöld en su viaje del “Vega” a las regiones árticas. Los Libros Secretos nos informan que el clima ha cambiado en aquellas regiones más de una vez, desde que los primeros hombres habitaron aquellas ahora casi inaccesibles latitudes. Era un Paraíso antes de que se convirtieran en Infierno; el Hades tenebroso de los griegos, y el frío Reino de las sombras donde la Hel escandinava, la Diosa-Reina del país de los muertos, “tiene su dominio en los profundo de Helheim y Niflheim”. Sin embargo, fue el lugar donde nació Apolo, que era el Dios más resplandeciente del Cielo –astronómicamente- así como era el más iluminado de los Reyes Divinos que gobernaron en las naciones primitivas, en su sentido humano. Este último hecho está en la *Iliada*, donde se dice que Apolo se apareció cuatro veces en su propia forma (como Dios de las Cuatro



Razas), y seis veces en forma humana, esto es, relacionado con las Dinastías Divinas de los primitivos lémures no separados.

Esos pueblos primitivos misteriosos, sus países (que ahora son inhabitables), así como el nombre dado al “hombre”, tanto vivo como muerto, son los que han proporcionado oportunidad a los ignorantes Padres de la iglesia, para inventar un Infierno, que han transformado en una localidad ardiente en lugar de frígida (una buena prueba de que todos los Dioses, creencias religiosas y mitos, han venido del Norte, que fue también la cuna del hombre *físico*, se encuentra en varias palabras sugestivas que han tenido origen y subsisten aún hoy entre las tribus del Norte en su significado primitivo; pero, aunque hubo un tiempo en que todas las naciones eran de “un labio”, estas palabras han recibido un significado diferente entre los griegos y latinos. Una de estas palabras es *mann*, *man*, un ser vivo, y *manes*, hombres muertos. Los lapones llaman a sus cadáveres hasta hoy día *manee*. *Mannus* es el antecesor de la raza alemana; el *Manú* indo, el ser pensante, de *man* (hombre); el *Menes* egipcio, y *Minos*, el Rey de Creta, juez de las regiones infernales después de su muerte – todos proceden de la misma raíz).

Es, por supuesto, evidente, que no los hiperbóreos ni los cimerianos, ni los arimaspes, ni aun los escitas –conocidos de los griegos y comunicándose con ellos- son nuestros atlantes. Pero todos ellos eran descendientes de sus últimas sub-razas. Los pelasgos fueron ciertamente una de las razas-raíces de la futura Grecia, y resto de una sub-raza de la Atlántida. Platón indica mucho al hablar de los últimos, cuyo nombre se ha averiguado, procedía de *pelagus*, el “gran mar”. El Diluvio de Noé es astronómico y alegórico, pero no mítico; pues el relato se basa en la misma tradición arcaica de los hombres (o más bien de las naciones), que se salvaron durante los cataclismos, en canoas, arcas y barcos. Nadie se aventurará a decir que Xisuthro caldeo, el Vaivasvata indo, el Peirum chino –el “Amado de los Dioses”, que se salvó de la inundación en una canoa- o el Belgamer sueco, por quien los Dioses hicieron lo mismo en el Norte, sean todos idénticos como personajes. Pero sus leyendas han salido todas de la catástrofe que abarcó tanto el Continente como a la isla Atlántida.

La alegoría acerca de los gigantes antediluvianos, y sus proezas en brujería, no es un mito. Los sucesos bíblicos *son* revelados verdaderamente. Pero no es por la voz de Dios en truenos y relámpagos en el Monte Sinaí, ni por un dedo divino trazando los anales en tablas de piedra, sino simplemente por medio de la tradición, *vía* fuentes paganas. No era seguramente el *Pentateuco* lo que Diodoro repetía, cuando escribió acerca de los Titanes; los gigantes nacidos del Cielo y de la Tierra, o más bien, nacidos de los Hijos de Dios, que tomaron por esposas las hijas de los hombres que eran hermosas. **Ni tampoco Perecides citaba del Génesis cuando daba detalles de aquellos gigantes, que no se encuentran en las Escrituras judías. Dice él que los hiperbóreos eran de la raza de los**



Titanes, raza que descendía de los primeros gigantes, y que esa región hiperbórea fue la cuna de los primitivos gigantes. Los Comentarios de los Libros Sagrados explican que la referida región era el lejano Norte, ahora las Tierras Polares, el primer Continente Pre-Lemuro, que abarcó una vez la Groenlandia presente, Spitzbergen, Suecia, Noruega, etc.

Pero **¿Quiénes fueron los nephilim del Génesis?** Hubo hombres paleolíticos y neolíticos en Palestina, edades antes de los sucesos registrados en el Libro de los Principios. La tradición teológica identifica a estos nephilim con hombres velludos o sátiros, siendo estos últimos míticos en la Quinta Raza, y los primeros históricos, tanto en la Cuarta como en la Quinta Raza. Hemos dicho en otra parte lo que fueron los prototipos de estos sátiros, y hemos hablado de la bestialidad de la Raza Atlante primitiva y de la posterior. ¿Cuál es el significado de los amores de Poseidón bajo tal variedad de formas *animales*? Se convirtió en un delfín para conquistar a Anfítrite; en un caballo para seducir a Ceres; en un morueco para engañar a Teofane, etc. Poseidón no es sólo la personificación del Espíritu y Raza de la Atlántida, sino también de los vicios de estos gigantes. Gesenio y otros dedican grandísimo espacio al significado de la palabra nephilim, y explican muy poco. **Pero los Anales Esotéricos muestran a estas criaturas velludas como los últimos descendientes de aquellas Razas Lemuro-Atlantes, que engendraron hijos con animales hembras, de especies extinguidas hace largo tiempo; produciendo así hombres mudos, “monstruos”, como dicen las Estancias.**

Ahora bien; la Mitología, construida sobre la *Teogonía* de Hesiodo, que no es más que los anales poetizados de tradiciones reales, o historia oral, habla de tres gigantes llamados Briareus, Cottus y Gyges, que vivían en un país tenebroso en donde fueron aprisionados por Cronos, por su rebelión contra él. Todos los tres están dotados en el mito con cien brazos y cincuenta cabezas, representando estas últimas las razas, y los primeros las sub-razas y tribus. Teniendo presente que en la Mitología todos los personajes son casi Dioses o Semi-Dioses, y también reyes o simples mortales en su segundo aspecto (Así, por ejemplo, Gyges es un monstruo de cien brazos y cincuenta cabezas, un Semi-dios en un caso y un Lidian, sucesor de Candaules, rey del país, en otra versión. Lo mismo se ve en el Panteón indio, donde los Rishis y los hijos de Brahmâ renacen como mortales), y que ambos representan símbolos de países, islas, poderes de la naturaleza, elementos, naciones, razas y sub-razas, se comprenderá el Comentario Esotérico. Dice él que los tres gigantes son tres tierras polares que han cambiado de forma varias veces, a cada nuevo cataclismo o desaparición de un continente para dar lugar a otro. El Globo entero entra periódicamente en convulsiones, habiéndolas sufrido cuatro veces desde la aparición de la Primera Raza. Sin embargo, aunque toda la faz de la Tierra fue transformada por ello cada vez, la



conformación de los Polos ártico y antártico ha cambiado poco. Las tierras polares se unen y se separan convirtiéndose en islas y penínsulas, aunque permanecen siempre las mismas. Por tanto, el Asia Septentrional es llamada la “Tierra Eterna o Perpetua”, y el Antártico, el “Siempre viviente” y el “Escondido”; mientras que el Mediterráneo, el Atlántico, el Pacífico y otras regiones, desaparecen y reaparecen por turno, debajo y encima de las Grandes Aguas.

Desde la primera aparición del gran Continente de la Lemuria, los tres gigantes polares han sido aprisionados en su círculo por Cronos. Su cárcel esté rodeada por una pared de bronce, y la salida es por puertas fabricadas por Poseidón –o Neptuno- por tanto, por mares que no pueden atravesar; y en esta triste región donde reinan tinieblas eternas, es donde languidecen los tres hermanos. La *Iliada* hace de ella el Tártaro. Cuando los Dioses y Titanes se rebelaron a su vez contra Zeus –la deidad de la Cuarta Raza- el Padre de los Dioses recapacitó acerca de los gigantes aprisionados que le podían ayudar a vencer a los Dioses y Titanes, y precipitar a estos en el Hades; o en palabras más claras, hundir a la Lemuria, en medio de truenos y relámpagos, en el fondo de los mares, a fin de hacer lugar a la Atlántida, que estaba destinada a sumergirse y desaparecer a su vez (Los continentes perecen por turno por el fuego y por el agua; ya sea por terremotos y erupciones volcánicas, o por hundimiento y gran desplazamiento de las aguas. Nuestros continentes tienen que perecer por la primera clase de cataclismos. Los terremotos incesantes de los años anteriores pueden ser un aviso). El levantamiento geológico y el diluvio de Tesalia, fueron una repetición en pequeña escala del gran cataclismo; y, quedando impreso en la memoria de los griegos, lo mezclaron y confundieron con el destino general de la Atlántida. Así también, la guerra entre los Râkshasas de Lankâ, y los Bhârateans, la *mêlée* de los atlantes y arios en su lucha suprema, o el conflicto entre los Devs e Yzeds, o Peris, se convirtió edades después en la lucha de los Titanes, separados en dos campos enemigos, y más tarde aún en la guerra entre los Ángeles de Dios y los Ángeles de Satán. Los hechos históricos se convirtieron en dogmas teológicos. Escoliadores ambiciosos, hombres de una pequeña sub-raza nacida ayer, y uno de los últimos retoños del linaje ario, emprendieron la tarea de echar a tierra el pensamiento religioso del mundo, y lo consiguieron. Por cerca de dos mil años han impreso en la humanidad pensante, la creencia en la existencia de Satán.

Pero como ahora, es convicción de más de un helenista erudito –como era la de Bailly y Voltaire– que la *Teogonía* de Hesiodo está basada en hechos históricos (Véase *Mythologie de la Grèce Antique*, de Decharme), se hace más fácil para las Enseñanzas Ocultas abrirse camino en las mentes de los hombres pensadores, y por esto se presentan estos pasajes de la Mitología en nuestra discusión sobre el saber moderno, en esta Addenda.



Los símbolos que se encuentran en todos los credos exotéricos son otras tantas huellas de verdades prehistóricas. La soleada y dichosa tierra, cuna primitiva de las primeras razas humanas, se ha convertido varias veces desde entonces en hiperbórea y saturnina (Denis, el geógrafo, nos dice que el gran mar al Norte de Asia se llamaba glacial, o Saturnino. Orfeo y Plinio corroboran el dicho, indicando que sus habitantes gigantes fueron los que le dieron el nombre. Y la Doctrina Secreta explica ambos asertos, diciéndonos que todos los continentes se han formado de Norte a Sur; y que así como el cambio repentino de clima empujó la raza que había nacido en él, deteniendo su crecimiento del mismo modo algunos grados hacia el Sur, diversas condiciones habían producido siempre los hombre más altos en cada nueva humanidad, o raza. Eso lo vemos aún hoy. Los hombres más altos que hoy se ven son los de los países del Norte, mientras que los más pequeños son meridionales, asiáticos, indos, chinos, japoneses, etc. Compárense los altos sikhs y punjabeses, los afghanes, noruegos, rusos, alemanes del Norte, escoceses e ingleses, con los habitantes de la India Central, y el término medio de los europeos del continente. Así, también los gigantes de la Atlántida, Y por tanto los Titanes de Hesiodo, son todos septentrionales); mostrando así la Edad de Oro y Reino de Saturno bajo aspectos multiformes. Fue de muchos aspectos en su carácter, verdaderamente; climatérica, etnológica y moralmente. Porque la Tercera, la Raza Lemuria, debe ser dividida fisiológicamente en la raza andrógina primera y la bisexual posterior; y el clima de sus residencias y continentes en el de una eterna primavera y un eterno invierno, en la vida y la muerte, la pureza e impureza. El ciclo de leyendas es siempre transformado en su marcha por la fantasía popular. Sin embargo, puede quitársele la escoria que ha reunido en su camino a través de muchas naciones, y de las innumerables mentes que han añadido sus propios aditamentos exuberantes a los hechos originales. Abandonando por un instante las interpretaciones griegas, podemos buscar más corroboraciones en las pruebas científicas y geológicas. (D.S. IV, 533-561).

Astraea, la Diosa de la Justicia, es la última de las deidades que abandona la Tierra, cuando se dice que los Dioses la abandonan y son llevados de nuevo a los celos por Júpiter. Pero tan pronto como Zeus se lleva de la Tierra a Ganymedes –el objeto de la *concupiscencia*, personificado- el Padre de los Dioses lanza otra vez a Astraea a la Tierra, en la cual cae de *cabeza*. Astraea es Virgo, la constelación del Zodiaco. Astronómicamente tiene un significado muy claro, y que da la clave del sentido oculto. Pero es inseparable de Leo, el signo que le precede; y de las Pléyades y sus hermanas las Hyadas, de las cuales es Aldebarán el brillante jefe. Todas estas se hallan relacionadas con las renovaciones periódicas de la Tierra, respecto de sus continentes, hasta el mismo Ganymedes, que en Astronomía es Acuario. Se ha dicho ya, que mientras el Polo Sur es el “Abismo” (o las regiones infernales, figurada y cosmológicamente), el



Polo Norte es, en sentido geográfico, el Primer Continente; mientras que en sentido astronómico y metafórico el Polo Celeste, con su Estrella Polar en el Cielo, es Meru, la Sede de Brahmâ, el Trono de Júpiter, etc. Pues en la época en que los Dioses abandonaron la Tierra, y se dice ascendieron al Cielo, la eclíptica se había hecho paralela al meridiano, y parte del Zodíaco parecía descender desde el Polo Norte al horizonte del mismo nombre. Aldebarán estaba entonces en conjunción con el Sol, como estaba hace 40.000 años, en la gran festividad en conmemoración de ese Annus Magnus de que hablaba Plutarco. Desde aquel año –hace 40.000 años- ha habido un movimiento retrógrado del ecuador, y hace cosa de 31.000 años Aldebarán estaba en conjunción con el punto vernal equinoccial. La parte asignada a Tauro, hasta en el Misticismo Cristiano, es demasiado conocida para que se necesite repetirla. El famoso Himno de Orfeo, sobre el gran cataclismo periódico, pone de manifiesto todo el esoterismo del suceso. Plutón, en el Abismo, se lleva a Eurídice mordida por la Serpiente Polar. Entonces Leo, el León, es vencido. Ahora bien; cuando el León está en “el Abismo”, o bajo el Polo Sur, entonces Virgo, como signo próximo, le sigue, y cuando su cabeza, hasta la cintura, se halla debajo del horizonte del Sur, está ella invertida. **Por otra parte, las Hyadas son la lluvia o constelaciones del Diluvio; y Aldebarán –el que sigue, o sucede a las hijas de Atlas, o las Pléyades – mira hacia abajo desde el ojo de Tauro. Desde este punto de la eclíptica, es de donde comenzaron los cálculos del nuevo ciclo. El estudiante debe también tener presente que cuando Ganymedes, Acuario, se eleva en el cielo (o encima del horizonte del Polo Norte), Virgo o Astraea, que es Venus-Lucifer, desciende cabeza abajo, por debajo del horizonte del Polo Sur, o el Abismo; cuyo Abismo, o el Polo, es también el Gran Dragón, o el Diluvio. Que el estudiante ejercite su intuición uniendo estos hechos; no puede decirse más. Lyell observa:**

La relación entre la doctrina de las catástrofes sucesivas y las repetidas degeneraciones del carácter moral de la raza humana, es más íntima y natural de lo que puede imaginarse a primera vista. Pues, en un estado social rudo, todas las grandes calamidades son consideradas por las gentes como juicios de Dios por la perversidad del hombre. . . Del mismo modo, en el relato hecho a Solón por los sacerdotes egipcios, sobre la sumersión de la isla Atlántida bajo las aguas del Océano, después de repetidas sacudidas de un terremoto, vemos que *el suceso acaeció cuando Júpiter hubo visto la depravación moral de los habitantes.*

Cierto; pero ¿no fue esto debido al hecho de que todas las verdades esotéricas se daban al público por los Iniciados de los templos, *bajo el disfraz de las alegorías?* “Júpiter” es meramente la personificación de aquella Ley Cíclica inmutable, que detiene la tendencia hacia debajo de cada Raza-Raíz después de alcanzar el cénit de su gloria. (D.S. IV, 573-575).



El estudiante de ocultismo a he de tener presente que los dioses y héroes de los antiguos panteones (de la *Biblia* inclusive), tienen tres biografías por así decir, cada una paralela a las demás y relativa a un aspecto del héroe: la histórica, la astronómica y la mítica. Esta relaciona íntimamente las dos primeras cuyas verdades encubre simbólicamente. Los lugares guardan correspondencia con sucesos astronómicos y aun psíquicos. De este modo quedó la Historia cautiva de los antiguos misterios, hasta llegar a ser la gran esfinge del siglo XIX. Pero en vez de devorar ella a los demasiado obstinados preguntones que quieren descifrarla a toda costa, el moderno Edipo la ha profanado y mutilado, ahogándola después en el mar de la especulación. Esto nos lo demuestran no tan solo las secretas enseñanzas, que al fin y al cabo se comunican con mucha parsimonia, sino también los simbologistas profanos y hasta los geómetras. (D.S. V, 137).

. . . En la **Cosmogonía Nórdica** se expone lo mismo:

Lo mismo que en la cosmogonía inda, la evolución del Universo está dividida en dos partes, que son las llamadas en la India las Creaciones Prâkrita y Pâdma. **Antes de que los cálidos rayos emanados de la Mansión del resplandor despierten la vida en las Grandes Aguas del Espacio, aparecen los Elementos de la primera creación, y de ello es formado el Gigante Ymir, u Orgelmir (que significa al pie de la letra, barrio hirviente), la Materia Primordial diferenciada del Caos. Viene después la Vaca Audumla, la Nutridora (Vâch: la “vaca melodiosa, que produce la subsistencia y el Agua”, y nos proporciona el “alimento y sustento”, según la descripción del *Rig Veda*), de la que nació Buri, el Productor, cuyo hijo Bör (Born, o el nacido), con Bestla, la hija de los Gigantes del Hielo (hijos de Ymir)), tuvo tres hijos: Odin, Willi y We, o sea el espíritu, la Voluntad y la Santidad. Esto era cuando aún reinaba la Oscuridad a través del Espacio; cuando los Ases, los Poderes Creadores o Dhyân Chohans, aun no se habían desplegado, y cuando el Yggdrasil, el Árbol del Universo, del Tiempo y de la Vida, no había crecido todavía, y no existía aún ningún Walhalla, o Recinto de los Héroes. Las leyendas escandinavas acerca de la Creación de nuestra Tierra y del Mundo, principian con el Tiempo y la Vida humana. Todo lo que precede, es para aquéllas la Oscuridad, en la que el Todo-Padre, la causa de todo, habita. Según observa el editor de *Asgard and the Gods*, aunque esas leyendas encierran la idea de aquel Todo-Padre, causa original de todo, “apenas si se le menciona en los poemas”, no porque, como él piensa, “no fuese capaz la idea de**



elevarse a conceptos claros acerca de lo Eterno” antes de la predicación del Evangelio; sino a causa de su carácter profundamente esotérico. Por consiguiente, todos los Dioses Creadores o Deidades *Personales*, principian en el período secundario de la Evolución Cósmica. Zeus nace, *en*, y de Cronos – El Tiempo. De igual modo es Brahmâ el producto y emanación de Kâla, “la Eternidad y el Yiempo”, siendo Kâla uno de los nombres de Vishnu. De aquí que veamos a Odin como *Padre de los Dioses y de los Ases*, así como Brahmâ es el *Padre de los Dioses y de los Asuras*; y de ahí también el carácter andrógino de todos los principales Dioses Creadores, desde la segunda mónada de los griegos hasta el Sephira Adam Kadmon, el Brahmâ o Prajâpati-Vâch de los *Vedas*, y en andrógino de Platón, que no es sino otra versión del símbolo indo. (D.S. II, 216-217).

Veamos de entresacar el oculto significado de la leyenda diluviana.

En la cosmogonía escandinava, los hijos de Bur matan al gigante Imir, y tan caudalosos ríos de sangre brotaron de sus heridas, que sumergieron a toda la raza de fríos y helados gigantes, salvándose únicamente Bergelmir y su mujer, refugiados en una barca, por lo que fueron padres de una nueva raza de gigantes, nacida del mismo tronco. Todos los hijos de Bur se salvaron del diluvio.

El gigante Imir simboliza la primitiva y ruda *materia* orgánica, las ciegas fuerzas cósmicas en estado caótico, antes de recibir el inteligente impulso del divino Espíritu que reguló su movimiento en leyes inmutables. La progenie de Bur son los “hijos de Dios” o los dioses menores a que alude Platón en su *Timeo*, a los cuales fue encomendada la creación del hombre, pues sacan del caótico abismo (*el ginnungagap*) los mutilados restos del gigante Imir y se sirven de ellos para crear el mundo. Su sangre forma los ríos y los mares; sus huesos las montañas; sus dientes las rocas y peñascos; sus cabellos los árboles; su cráneo la bóveda celeste sustentada en las cuatro columnas de los puntos cardinales, y sus cejas formaron el Edén, la futura morada del hombre.

Para tener correcta idea de esta morada (la tierra), dicen los *Eddas* que es preciso concebirla *redonda como un anillo* o como un disco flotante en la neblina del océano celeste (éter). Está circuida por Yörmungand, el gigantesco Midgard o serpiente que se muerde la cola, la culebra mundanal, símbolo de la materia dimanante de Imir, compenetrada con el espíritu de los hijos de Dios, que produjeron y modelaron todas las formas. Esta emanación es la luz astral de los cabalistas y el hipotético éter de los físicos modernos.



La misma leyenda escandinava de la creación del hombre nos da a entender cuán convencidos estaban los antiguos de la trínica naturaleza humana. Según el *Völuspa*, Odín, Hönir y Lodur, los progenitores de nuestra raza, mientras paseaban por la orilla del mar vieron dos palos que inertes y sin utilidad alguna flotaban en el agua. Odín les infundió el soplo de vida. Hönir le dio alma y movimiento. Lodur les dotó de belleza, palabra, vista y oído. Al hombre le llamaron *Askr* (fresno) (Es digno de atención que en el *Popol-Vhu* de los mexicanos brote el hombre de una caña y Hesíodo lo describa nacido de un fresno, como en la leyenda escandinava) y a la mujer *Embla* (aliso). Pusieron a esta primera pareja en el Edén y recibieron de sus creadores materia o vida inorgánica, mente o alma y espíritu puro. La primera procedía de los restos del gigante Imir; la segunda de los *Æsires* (dioses descendientes de Bur) y el tercero de *Vanr* (representación del puro espíritu).

Según otra versión del *Edda*, el universo visible surgió del centro de las frondosas ramas del *Iggdrasill* (árbol mundanal de tres raíces). Por debajo de la primera raíz corre el manantial de vida (*Urdar*) y debajo de la segunda, está el famoso pozo de Mimer, en cuyo fondo se ocultan la inteligencia y la sabiduría. Odín pide un vaso de agua de este pozo y lo consigue con la condición de dejar un ojo en prenda. Este ojo es el símbolo de la Divinidad, porque Odín lo deja en el fondo del pozo. Del árbol mundanal cuidan tres doncellas (nornas o parcas), llamadas Urdhr, Verdandi y Skuld, símbolos del pasado, el presente y el futuro. Todas las mañanas, mientras computan la duración de las vidas humanas, sacan agua de la fuente de Urdar para regar las raíces del árbol mundanal. Las emanaciones del fresno (*Iggdrasill*), al condensarse y caer en suelo, dan existencia y forma a la materia inanimada. Este árbol simboliza la vida universal, así orgánica como inorgánica; sus emanaciones significan el espíritu que vivifica las formas de la creación; y de sus tres raíces, una se extiende hacia el cielo, otra hacia la morada de los magos (gigantes de las altas montañas), y la otra, bajo la cual mana la fuente Hvergelmir, la roe el monstruo Nidhögg, que constantemente induce a los hombres al mal.

También los tibetanos tienen su árbol mundanal en la antiquísima leyenda cosmogónica de su país. Le llaman *Zampun*, y tiene asimismo tres raíces, de las cuales la primera se extiende hacia el cielo hasta la cima de las más altas montañas, la segunda hacia las regiones inferiores y la tercera llega a Oriente.

Los indos llaman *Ashvatta* al árbol mundanal. Sus ramas son los componentes del mundo visible, y sus hojas los himnos védicos que tanto bajo el aspecto intelectual como del moral simbolizan el universo.

Quien cuidadosamente estudie los mitos cosmogónicos de las religiones antiguas advertirá, sin duda, la sorprendente similitud de concepto esotérico y de forma exotérica, hasta el punto de que no puede resultar de



meras coincidencias, sino de un plan único en demostración de que en aquellos primitivos tiempos, velados por la densa niebla de las tradiciones, el pensamiento religioso de la humanidad se desenvolvía acordemente en todas las comarcas del globo. Los cristianos llaman panteísmo a la veneración que inspiran las recónditas verdades de la naturaleza; pero entre el panteísmo adorador de Dios en la naturaleza que, como única manifestación objetiva de la divinidad, la revela y recuerda sin cesar al hombre, y una religión dogmática que encubre y vela el verdadero concepto de Dios, no es difícil discernir cuál de los dos satisface más cumplidamente las necesidades del género humano.

. . . Veamos ahora la teoría evolucionista de los antiguos brahmanes simbolizada en el árbol mundanal llamado Ashvatta, aunque de distinto modo que los escandinavos. **El Ashvatta tiene las ramas hacia abajo y las raíces hacia arriba. Las raíces simbolizan el mundo físico, el universo visible, y las segundas el invisible mundo espiritual, porque las raíces arrancan de las celestes regiones en donde desde la creación del mundo colocó la humanidad a su invisible Dios.** Los símbolos religiosos de todo país son corroboraciones diversas de la doctrina, según la cual, la energía creadora emanó de un punto primario, y así lo enseñaron Pitágoras, Platón y otros filósofos. A este propósito, dice Filón: **“Los caldeos opinaban que el Kosmos es un punto entre las cosas existentes, bien que este punto sea el mismo Dios (*Theos*) o bien que en él esté Dios abarcando el alma de todas las cosas.**

Las pirámides de Egipto simbolizan la misma idea que el árbol mundanal. El vértice es el místico eslabón entre cielo y tierra, análogo a la raíz del árbol, mientras que la base representa las ramas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del universo material. La idea simbólica de las pirámides es que todas las cosas dimanen del espíritu por evolución descendente (al contrario de lo que supone la teoría darviniana), es decir, que las formas han ido materializándose gradualmente hasta llegar al máximo de materialización. En este punto entra la moderna teoría evolutiva en el palenque de las hipótesis especulativas y no causa extrañeza que Haeckel trace en su *Antropogenia* la genealogía del hombre “desde la raíz protoplásmica existente en el limo oceánico, mucho antes de sedimentar las más antiguas rocas fosilíferas”, según expone Huxley. Podemos creer que el hombre descienda de un mamífero semejante al mono, sobre todo cuando, según afirma Berossio, esta misma teoría enseñó, sino tan elegante, más comprensiblemente, el hombre pez, Oannes o Dagón, el semi-demonio de Babilonia. Conviene advertir que esta antigua teoría de la evolución, no sólo se encierra en los símbolos y leyendas, sino que también se ve representada en pinturas murales de los templos indos y se han encontrado fragmentos descriptivos en los templos egipcios y en las losas de Nimrod y Nínive excavadas por Layard. Pero ¿qué hay tras la descendencia del hombre según



Darwin? Por muy allá que vaya nuestro examen, sólo encontramos hipótesis de imposible demostración, porque el famoso naturalista dice que “todas las especies descienden en línea recta de unos cuantos individuos existentes mucho tiempo antes de formarse la primera capa silúrica”. Aunque Darwin no se toma el trabajo de decirnos quiénes fueron estos “unos cuantos individuos”, basta que para admitir su existencia haya de solicitar la corroboración de los antiguos, de modo que el concepto tenga carácter científico. En efecto, sería verdaderamente temerario afirmar que la ciencia moderna contradice la antigua hipótesis del hombre antediluviano, después de las modificaciones sufridas por nuestro globo en cuanto a temperatura, clima, suelo y aun nos atrevemos a decir que en sus condiciones electro-magnéticas. Las hachas de pedernal encontradas Por Boucher de Perthes en el valle de Sômmes son prueba de que la antigüedad del hombre sobre la tierra excede a todo cómputo. Según Büchner, el hombre existía ya en el período glacial correspondiente a la época cuaternaria y probablemente más allá todavía. Pero ¿quién es capaz de sospechar lo que nos tienen reservado los futuros descubrimientos?

Si hay pruebas incontrovertibles de que el hombre existió en tan remota antigüedad, forzosamente se ha de haber alterado su organismo de modo admirable, por razón de las mudanzas atmosféricas y climatológicas. (Isis I, 278-284).

. . . “Todo Universo (Mundo o Planeta) tiene su Logos propio”, dice la Doctrina. El Sol siempre fue llamado por los egipcios el “Ojo de Osiris”, y él mismo era el Logos, el Primer-engendrado, o la Luz manifestada al mundo, “la cual es la Mente y la Inteligencia divina de lo Oculto”. Sólo por el Rayo séptuple de esta Luz, podemos llegar a conocer el Logos por medio del Demiurgo, considerando a este último como el “Creador” de nuestro Planeta y de todo lo que a él pertenece, y al primero como la Fuerza directora de este “Creador” –bueno y malo al mismo tiempo– origen del bien y origen del mal. Este “Creador”; no es ni bueno ni malo *per se*; pero sus aspectos diferenciados en la Naturaleza le hacen asumir uno u otro carácter. Con los Universos invisibles y desconocidos, diseminados a través del espacio, ninguno de los Dioses–Soles tienen nada que ver. La idea está expresada muy claramente en los Libros de Hermes y en todas las tradiciones antiguas. Está simbolizada generalmente por el Dragón y la Serpiente: el Dragón del bien y la Serpiente del mal, representados en la Tierra por la Magia de la derecha y la de la izquierda. **En el poema épico de Finlandia, el Kalevala** (J.B. Alden; New York, 1888; II, 432-434), se expone el origen de la Serpiente del Mal: nace ella de la saliva de Suoyatar, y es dotada con un Alma Viviente por el Principio del Mal, Hisi. Se describe una lucha entre los dos, la “cosa mala”, la Serpiente o



Brujo, y Ahti, el Dragón o el mago blanco, Lemminkainen. El último es uno de los siete hijos de Ilmatar, la virgen “hija del aire”, aquella “que cayó del cielo en el mar”, antes de la Creación; esto es, el Espíritu transformado en la materia de la vida afectiva. . . (D.S. III, 41-42).

En China los hombres de Fohi, o el “Hombre Celeste”, son llamados los doce Tien–Hoang, las doce Jerarquías de Dhyânis o Ángeles, con rostros humanos y cuerpos de dragón; representando el Dragón a la Sabiduría Divina o el Espíritu (Se ha declarado repetidamente que la Serpiente es el símbolo de la sabiduría y del conocimiento Oculto, “La serpiente ha sido relacionada con el dios de la sabiduría, desde los tiempos más remotos que la historia conoce” —escribe C. Staniland Wake. “Este animal era el símbolo especial de Thoth o Taut... y de todos los dioses, tales como Hermes [?] y Seth, que pueden ser relacionados con él. Esto es también verdad respecto del tercer miembro de la tríada caldea primitiva, Hea u Hoa”. Según Sir Henry Rawlinson. “los títulos más importantes de esta deidad se refieren a “sus funciones como fuente de todo conocimiento y ciencia”. No sólo es el “pez inteligente”, sino que su nombre puede leerse como significando a la vez “vida” y una “serpiente” [un Adepto iniciado], y puede considerársele como “figurado por la gran serpiente que ocupa un lugar tan notorio entre los símbolos de los dioses en las piedras negras que registran los beneficios babilónicos”. (*The Great Pyramid*, pág. 75). Esculapio, Serapis, Plutón, Esmun y Knepp, son todas deidades con los atributos de la Serpiente, dice Dupuis. Todos son *sanadores*, dadores de la salud espiritual y física, y de la *iluminación*. La corona formada de un áspid, el Thermuthis, pertenece a Isis, Diosa de la Vida y de la Curación. Los *Uphanishads* contienen un tratado sobre la *Ciencia de las Serpientes*, o lo que es lo mismo, la Ciencia del Conocimiento Oculto; y los Nâgas de los budhistas exotéricos, no son “las criaturas fabulosas, de la naturaleza de las serpientes... superiores al hombre, y consideradas como protectoras de la ley de Buddha, como Schlangintweit cree, sino hombres reales vivientes, algunos superiores a los hombres en virtud de su Conocimiento Oculto, y *protectores de la ley de Buddha*, por cuanto *interpretan correctamente sus doctrinas metafísicas*; y otros *moralmente* inferiores por ser “magos negros”. Por lo tanto, se declara con verdad que Gautama Buddha “se dice que les enseñó un sistema religioso más filosófico que a los hombres, que no estaban suficientemente adelantados para comprenderlo en la época de su aparición” (*Ibíd.*, pág. 72); y ellos crearon a los hombres encarnándose en siete figuras de barro —tierra y agua— hechas a semejanza de estos Tien–Hoang, una tercera alegoría (Compárese los *Symbols of the Bonzes*). Los doce Æsers de los Eddas de los escandinavos, hacen lo mismo. **En el Catecismo Secreto de los drusos de Siria** —leyenda que es repetida palabra por palabra por las tribus más antiguas en las cercanías del Éufrates— los hombres fueron creados por los “Hijos de Dios”, que descendieron sobre la tierra, y que después de reunir siete Mandrágoras, animaron las raíces, que se convirtieron en el acto en hombres (La Mandrágora es el Mandrake de la *Biblia* o Raquel y Lía. Las raíces de la planta son carnosas, peludas y ahorquilladas, representando toscamente los miembros, el cuerpo y hasta la cabeza del hombre. Sus propiedades mágicas y misteriosas han sido proclamadas en fábulas y en el teatro



desde las edades más arcaicas. Desde Raquel y Lía, que se permitían con ellas la hechicería, hasta Shakespeare que dice de ellas: “chillando”

“Como mandrakes arrancadas de la tierra

Que vivientes mortales, al oírlas, corren alocados”.

la mandrágora ha sido la planta mágica por excelencia.

Esas raíces parecen no tener tallos; largas hojas salen de la cabeza de la raíz como una gigantesca mata de pelo. Presentan poca semejanza con el hombre cuando se encuentran en España, Italia, el Asia Menor o Siria; pero en la Isla de Candía y en Caramania, cerca de la ciudad de Adan, tienen de un modo asombroso la forma humana, y son sumamente apreciadas como amuletos. También las llevan las mujeres como un amuleto contra la esterilidad, y para otros propósitos. Especialmente producen efecto en “Magia Negra”. (D.S. III, 42-44).

Lejos de nosotros el ridículo intentó de vituperar al profundo erudito Max Müller; pero no podemos por menos de decir que aun en los fantásticos relatos de *Las mil y una noches* hallaríamos algo digno de atención si lo comparásemos con algún hecho histórico. La *Odisea* de Homero supera en lo quimérica y fantástica a los famosos cuentos árabes, y sin embargo, muchos de sus mitos no son engendro de la fantasía del poeta. Los lestrigones que devoraron a los compañeros de Ulises se refieren a la gigantesca raza de caníbales (También puede ser alusión a los sacrificios humanos) que en primitivos tiempos habitó en las cuevas de Noruega. Los descubrimientos geológicos han validado algunas aseveraciones de Homero que durante siglos se tuvieron por alucinaciones poéticas. El día perpetuo de que disfrutaban los lestrigones, según la *Odisea*, demuestra que este pueblo habitaba en las regiones árticas, donde durante el verano no se pone el sol. El mismo poema homérico (*Odisea*, X, 110) describe las acantiladas abras de Escandinavia (En las cavernas de esta región europea se han hallado huesos humanos de tamaño descomunal que pertenecen, en opinión de los antropólogos, a una raza extinguida mucho antes de la época de las inmigraciones arias. Ya hemos visto que el Caribdis de los antiguos es nuestro moderno maelstrón y que las rocas errantes citadas en la *Odisea* (XII-71) corresponden a los enormes témpanos de hielo de los mares árticos).

Es verdaderamente extraño que las alegorías de la creación del hombre expuestas en la *Cosmogonía Quiche* no hayan sugerido la comparación debida con las escrituras hebreas, las enseñanzas cabalísticas y los libros tenidos por apócrifos, pues aun el mismo *Libro de Jasher*, condenado por considerársele grosera impostura del siglo XII, puede proporcionar diversas claves para descubrir las relaciones entre la ciudad de Ur de los caldeos, donde ya florecía la magia antes del nacimiento de Abraham, y las poblaciones precolombinas de América. Los divinos seres, rebajados al



nivel de la naturaleza humana, operan prodigios parecidos y tan admirables como los de Moisés y los magos de Faraón. Además, la notabilísima semejanza entre los términos cabalísticos de ambos hemisferios debe tener por determinante algo más que la pura coincidencia, pues varios fenómenos tienen parentesco común. En muchos países del antiguo continente hallamos la leyenda americana de los dos hermanos que antes de emprender el viaje a Xibalba, plantan cada uno de ellos un vástago que según florezca o se marchite indicará si los hermanos viven o han muerto (Max Müller: *Virutas de un taller alemán*, 268. – En los *Cuentos y tradiciones populares de Rusia*, por Sacharoff, se inserta una leyenda análoga; y sin embargo, estos cuentos de hadas eran populares en Rusia mucho antes del descubrimiento de América).

Muy poco debe sorprendernos la identidad entre las divinidades de Stonehenge y las de Delfos y Babilonia. Belo y el Dragón, Apolo y Pitón, Osiris y Tifón son diversos nombres del mismo par de divinidades opuestas. El Both-al de Irlanda tiene estrecha semejanza con el Batylos griego y el Beth-el hebreo. A este propósito dice Villemar que:

La historia puede alegar ignorancia, porque no caen bajo su dominio épocas tan distantes; pero la lingüística ha soldado la rota cadena entre Oriente y Occidente (*Nueva serie de colecciones*, 24, 570; 1863. *Poesía de los claustros celtas*).

No menos natural es la semejanza entre los mitos orientales y las leyendas y tradiciones rusas, pues por su propia índole deriva de la analogía entre las creencias de los arios y de los semitas; pero llama la atención y no cabe atribuir a mera coincidencia la evidente paridad, aun en los más leves pormenores, entre los personajes de las leyendas mexicanas y el *Zarevna Militrissa* (tipo común de los cuentos rusos), que lleva a *luna* en la frente y siempre está en riesgo de que lo devore el *Zmey Gorenetch* (serpiente o dragón).

La leyenda del Dragón y del Sol (algunas veces substituido por la Luna) está difundida por todo el mundo y puede considerarse como el símbolo común de la heliolatría universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, África y América estuvieron cubiertas de templos dedicados al Sol y al Dragón, cuyos sacerdotes tomaron el nombre de la divinidad a que servían (En la *Arqueología*, XXV, 220, ed. de Londres, se dice que Belo y el Dragón iban siempre en pareja y que los sacerdotes tomaban el nombre de su dios). Pero aunque, como supone Müller, sea el concepto originario tan natural e inteligible que no requiera relaciones históricas, la identidad de los símbolos y la extraordinaria semejanza de los pormenores exigen la acabada resolución del enigma. Desde el momento en que el origen de la heliolatría universal se pierde en la noche de los tiempos, fuera más fácil descubrirlo remontándonos hasta la misma fuente de las tradiciones. Pero ¿dónde hallarla? Kircher atribuye al egipcio Hermes Trismegisto el establecimiento del



culto ofita, así como la forma cónica de los monumentos y obeliscos (*Arqueología*, XXV, 292, ed. de Londres). Por lo tanto, ¿dónde sino en los libros herméticos encontraremos los necesarios datos? ¿Acaso los modernos pueden saber acerca de los cultos y mitos antiguos tanto o más que los hombres que los enseñaron a sus coetáneos? Evidentemente se requieren dos condiciones: encontrar los perdidos *Libros de Hermes* y después la clave para interpretarlos, puesto que no basta leerlos. **Faltos los científicos modernos de ambas condiciones, se embrollan en estériles conceptualismos, de la propia suerte que los geógrafos malgastan sus energías en investigar sin resultado las fuentes del Nilo. Verdaderamente es el Egipto la mansión del misterio.**

Sin detenernos a discutir si Hermes fue el príncipe de la magia postdiluviana, como le llama Des Mousseaux, o de la antediluviana como es mucho más probable, no cabe duda de que Champollión el menor reconoce y Champollión–Figeac corrobora **la autenticidad de los fragmentos que se conservan de las treinta y seis obras atribuidas al mago egipcio, de cuyo universal depósito de sabiduría esotérica derivan los tratados cabalísticos en que encontramos los prototipos de muchos prodigios mágicos que operaron los quichés. Por otra parte, el texto original del *Popol–Vuh* nos proporciona suficientes pruebas de la casi identidad de las costumbres religiosas de México, Perú y otros pueblos precolombinos y las de los fenicios, babilonios y egipcios, pues la terminología religiosa descubre las mismas raíces etimológicas.** Por lo tanto ¿cómo no creer que sean descendientes de los que “huyeron ante el bandido Josué hijo de Nun”? (Núñez de la Vega dice que el Nin o Imos de los zendales era el Nino de los babilonios. – Brasseur de Bourbourg: *Cartas*, 52. – Sin embargo, no parece muy sólido el argumento en que se basa esta identificación. Añade Bourbourg que el príncipe Nino, y según otros autores su padre Belo o Baal, recibió como el Nin de los zendales adoración en forma de serpiente; pero esto no aparece corroborado en los anales babilónicos. Ciertamente es que los fenicios representaban el sol en figura de dragón y la misma representación le dieron los demás pueblos heliolátras. Según Castor, citado por Eusebio, los asirios divinizaron a su primer monarca Belo después de muerto, y por lo tanto, ni él ni su hijo Nin o Nino pudieron en vida recibir adoración de sus vasallos en forma de serpiente, aunque así ocurriese entre los zendales. Los autores cristianos identifican a Belo con Baal y a éste con el diablo que para los profetas bíblicos era el inspirador de las divinidades extrañas al pueblo de Israel; y así opinan los escritores cristianos que el Belo y Nino de los asirios y el Nin de los zendales son demonios en figura de serpiente, cualquiera que sea el nombre con que la serpiente aparezca, pues el diablo puede asumir diversidad de formas. ¡Extraña lógica! ¿Por qué no decir que el asirio Nino, representado como esposo y víctima de la ambiciosa Semíramis, era a la par pontífice y rey del país y como tal llevaba en la tiara los sagrados emblemas del Dragón y del Sol? Además, los sacerdotes tomaban el nombre de su dios y por lo tanto no es raro que se atribuyese a los asirios la adoración de su pontífice–rey en figura de serpiente. La objeción es eminentemente clerical y tiene tan escasa importancia como todas sus invenciones. Si Núñez de la Vega estaba tan anheloso de identificar a los mexicanos con los bíblicos adoradores del sol y de la serpiente, bien podía buscar otras analogías sin necesidad de ponerles a los asirios y zendales las pezuñas y cuernos del diablo cristiano. Al efecto hubiera podido consultar las *Crónicas del virreinato de Guatemala*, de Fuentes,



y el *Manuscrito* de don Juan Torres, nieto del último rey de los quichés. Este último documento estuvo en manos del lugarteniente general de Pedro Alvarado y en él se dice que los toltecas descendían de los israelitas que abandonados por Moisés luego del paso del mar Rojo cayeron en la idolatría y bajo la dirección de su caudillo Tanub anduvieron errantes hasta llegar al punto llamado de las Siete Cavernas en tierras de México, donde fundaron la famosa ciudad de Tula. (Véase Stephens: *Viajes por la América central*, etcétera). Si esta cita no ha obtenido más crédito del que merece, culpa es de haber pasado por manos del P. Francisco Vázquez, cronista de la orden de San Francisco; circunstancia que parafraseando a Des Mousseaux cuando trata de la obra del excomulgado abate Huc, “no es la más adecuada para robustecer nuestra confianza”.

Sin embargo, hay otra prueba, mucho más importante por haberse librado de la adulteración clerical, derivada de las tradiciones indias. Hubo un rey tolteca llamado Balam Acan (nombre notoriamente caldeo que recuerda el de Balaam con su burra parlante) cuya fama anda entremezclada con las leyendas de Utatlan, la derruida capital de aquel imperio indo. Aparte de la sorprendente semejanza entre las lenguas azteca y hebrea, que observó lord Kingsborough, es digno de nota que muchas figuras de los bajorrelieves de Palenque y los ídolos de barro cocido exhumados en Santa Cruz del Quiché llevan en la cabeza unas cintas con una protuberancia cuadrada en medio de la frente, muy parecidas a las filacterias (pedacitos de pergamino con un pasaje de la Sagrada Escritura. – N. del T) que usaban los fariseos en sus oraciones y que todavía llevan algunos judíos polacos y rusos. Pero como al fin y al cabo este pormenor podría ser tan sólo una suposición nuestra, no insistiremos sobre el particular).?

Por el testimonio de los antiguos, corroborado por los descubrimientos modernos, sabemos que en Egipto y Caldea hubo numerosas catacumbas o criptas, muy vastas algunas de ellas, entre las cuales gozaban de mayor fama las de Tebas y Menfis. Las de Tebas se abrían en la margen occidental del Nilo, dilatándose hacia el desierto de Libia y se las llamaba: *catacumbas de la Sierpe*. Allí tenían efecto los Misterios del *kúklos ànágkés* (ciclo ineludible o ciclo de necesidad), esto es, la inexorable sentencia de toda alma después de haber sido juzgada, al morir el cuerpo, en la región del Amenti.

Según Bourbourg (*Cartas*, 53; 7, 62), el héroe o semidiós mexicano Votán, al relatar su expedición describe un pasaje subterráneo que terminaba en la raíz de los cielos y añade que este pasaje es un agujero de culebra (*ahugero de colubra*) y que le permitieron entrar en él porque “era hijo de las culebras” ó, lo que es lo mismo, una serpiente.

Esto es verdaderamente muy significativo, porque el *agujero de culebra* se refiere a la cripta o catacumba egipcia ya antes mencionada. Además, los hierofantes egipcios y babilonios se llamaban “hijos de la divina Sierpe” o “hijos del Dragón”, no porque, como apunta erróneamente Des Mousseaux, fuesen la prole del íncubo Satán o serpiente del Paraíso, sino porque la serpiente simbolizaba en los Misterios la SABIDURÍA y la inmortalidad.



Dice Movers que los sacerdotes asirios tomaban siempre el nombre de su dios (*Los fenicios*, 70). Los druidas celto-británicos se daban también el nombre de serpientes y exclamaban: “Soy una serpiente, soy un druida”. El Karnak egipcio es gemelo del Karnak celta y este último significaba la montaña de la serpiente. En tiempos antiguos abundaron en todo el mundo conocido los templos de Dragón, símbolo del sol, idéntico al Elón o Elión fenicio que Abraham llamó El Elión (*Génesis*, XIV. – Véase también Sanchoniaton: *Eusebio*, 36). Además de “serpientes” se les dieron a los sacerdotes los nombres de “constructores” y “arquitectos” porque sus templos y monumentos eran de tan abrumadora magnificencia que, como dice Taliesin (*Sociedad Arqueológica de Londres*, XXV, 220), sus desmoronados restos “desafían el cálculo matemático de los arquitectos modernos”.

Insinúa Bourbourg que los caudillos aztecas que llevaban los nombres de Votán o de Quetzcohuatl eran descendientes de Cam y Canaán y se titulaban “hivimes”, pues decían: “Soy hivim y pertenezco a la excelsa raza del Dragón. Soy serpiente porque soy hivim” (Bourbourg: *Cartas*, 51). (Isis II, 337-344).